Los Resucitados

de

José Manuel Fernández Argüelles

CAPITULO I

Supongo que en un país de la América pobre se puede creer o dejar de creer en Dios y en el hombre igual que en cualquier otra parte del mundo, pero quizás aquí las circunstancias, siempre extremas, hagan que estas pérdidas o estos hallazgos de la fe resulten más sobrecogedores que en otros lugares.

Yo me hice cura por mi tío Zacarías, el tío rico con quien tuve la suerte de contar. Quizás rico no era, pero más dinero que todo el resto de mi familia sí que tenía. Fue él quien me dijo una vez, siendo yo niño:

-Diego, ¿crees en Dios?

-No lo sé, señor.

Era el único a quien llamaba "señor", quizás porque en aquel entonces sólo a él conocía que tuviese pistola y que me daba de comer de cuando en cuando.

-Diego -siguió preguntándome mi tío- ¿tienes hambre?

-Mucha, señor.

-¿Y si para comer tienes que creer en Dios?

-¡Yo creo en Dios, tío! -casi grite, esperando que de esta forma aliviase el hueco de mi vientre.

Así comenzó mi aprendizaje de la fe cristiana. Poco después de esa conversación, mi tío hizo que me ingresaran en un seminario, donde comí lo suficiente y vestí bien y estuve protegido de tantos males que acechan a la gente pobre de mi país. Aprendí a vivir con comodidades que nunca hubiese tenido de otra forma, aunque no logré creer en Dios, a no ser de boca para afuera. Me hice ambicioso, pero rápido supe que un cura de familia pobre será siempre un cura pobre. Y con mi tío, al pronto ya no

pude contar, pues a su muerte, cuando yo aún era seminarista, su viuda y sus hijos se lo repartieron todo, dejando claro que nada querían saber del resto de la familia del finado. Pero mi ambición iba en aumento, y cuando me consagré como sacerdote, vi que la única posibilidad de adquirir poder y bienestar era intentar progresar en el ejército como cura castrense. No tuve mucha competencia, pues pocas son las vocaciones en tal sentido. Fue aceptada mi propuesta, y tras unos meses de estudio militar, fui nombrado alférez en espera de destino.

De tal manera comienza esta locura; la que cambiaría mi vida y quizás (no puedo saberlo) la de otras personas por mi causa. La historia, que en un principio parecía una aventura, después una curiosa intriga, y que acabaría con el dramatismo que la derrota impone, fue un vértigo de sucesos inesperados.

No hacía dos semanas que había salido de la academia militar donde había recibido instrucción de cura soldado, cuando un comunicado oficial me convocaba al peor lugar que yo hubiera podido imaginar: un cuartel carcelario en plena selva. Acepté el destino con mala resignación, y me consolé pensando que era el primer paso, y que ya buscaría la forma de salir de aquel agujero lo antes posible. En la carta donde oficialmente se comunicaba el día de mi ingreso, decía que habría de ser el cinco de Septiembre sin falta, pues tal día tendría que suministrar ayuda cristiana a cuatro condenados a la pena capital. Curiosamente, dos días después, en otro oficio de la comandancia, en el que se me confirmaba lo dicho en la primera, pero con más detalles sobre el lugar al que debía de ir y el transporte a usar, se insistía en la necesidad que tenían en la cárcel de un capellán para asistir espiritualmente a los reclusos que serían ejecutados el día cuatro (¡y no el día cinco!). Esta contradicción me obligó a llamar por teléfono a un departamento de la comandancia militar de mi ciudad, donde tras largas

averiguaciones me confirmaron la fecha del día cinco. Ciertamente, no di mayor importancia a la discordancia de datos entre la primera y la segunda carta, pues ya estaba acostumbrado a los errores militares en materia de números. Lo que aún no imaginaba era el otro error que habrían de cometer, y la importancia que este tendría en mi vida.

Comencé el viaje hacia la selva el día cuatro por la mañana temprano, por lo que llegaría al cuartel sobre la media noche en un transporte militar, que la comandancia de la zona había dispuesto para cinco jóvenes soldados, dos periodistas, que cubrirían la noticia de la ejecución de los guerrilleros, y yo mismo.

El viaje, iniciado con una hora de retraso por esperar a los periodistas, resultó tan tedioso y largo como era de suponer. La comodidad era nula, y la conversación con los soldados no existía, sobre todo porque yo, aun siendo cura, era su superior en graduación, y por supuesto llevaba en mi uniforme de cura castrense los galones que indicaban mi rango de alférez. En cambio sí entretuve un poco el tiempo conversando con los dos periodistas. Uno, el de más edad, vestido con un arrugado traje claro, era el redactor, y el otro, más joven y callado, vestido de forma más ligera con uno de esos chalecos llenos de bolsillos, era el fotógrafo.

Fue el periodista viejo, llamado Suso Capital, quien me puso en antecedentes sobre los guerrilleros que habrían de ser fusilados y a los que yo tendría que llevar el consuelo espiritual. Según él eran cuatro y morirían el día cinco, tal y como el primer comunicado de la comandancia me había informado.

-Uno es Carlos Díaz, muy joven -me fue contando el periodista-, no creo que tenga más de 25 años, y tomó las armas para quemar su sangre caliente y por vengar a unos parientes que los militares mataron, no sé bien por qué. Otro, José Pérez, un viejo campesino metido a la revolución tras perder sus tierras a manos de un terrateniente

vecino y con poder suficiente como para tener un pequeño ejército a su servicio. El tercero, Ovidio De Pedro, es un maestro de escuela, que dejó a sus alumnos de un perdido pueblo de montaña para irse a la guerrilla, quizás cansado de predicar y deseoso de llevar a la práctica aquello que salvaría a los campesinos, y de paso al mundo entero, de la injusticia y la pobreza. Y el cuarto es Zenón Urdiales, también campesino, pero este no era pobre, pues tenía bastantes tierras llenas de buenos cultivos y animales, si se unió a la guerrilla debió de ser por esos sueños que a veces enloquecen a los hombres.

-¿Qué hicieron esos para merecer la muerte? -pregunté.

-Son cabecillas, dirigentes. El peor delito.

-¿El maestro y Zenón son jóvenes como el primero o viejos como el campesino pobre?

-No estoy seguro, creo que no son ni lo uno ni lo otro. En cualquier caso, ya todos han vivido lo que tenían que vivir.

Por fin detuvimos el viaje a primeras horas de la tarde en un cuartel militar que nos pillaba de paso, donde cominos y estiramos las piernas, pero pronto volvimos al camino para recuperar la hora de retraso, según el conductor. La calurosa tarde y el traqueteo del vehículo hicieron que me adormeciese, y cuando desperté ya estabamos llegando al principio de la zona boscosa, el inicio de la selva que me iba a tragar por tanto tiempo como yo tardase en encontrar el medio de escapar de destino tan aciago.

Finalizaba la tarde. Había dormido mucho, quizás porque la noche anterior no lo había hecho suficientemente, debido a los nervios por el anunciado y desagradable viaje que ahora se producía.

-¿Ha ocurrido algo digno de mención durante mi sueño? -pregunté al periodista.

-Que le hemos oído roncar como a los ángeles del cielo, señor cura. -contestó Suso, con notable cara de cansancio y aburrimiento.

Aún paramos otra vez, a última hora de la tarde, para cenar en la cantina de un pequeño pueblo. Los soldados en una mesa y los periodistas y yo en otra. Poco comimos, pues preferimos dedicar la mayor parte del tiempo a pasear para desentumecer los músculos, agarrotados por la inmovilidad y tumefactos por la dureza de los asientos y el sempiterno traqueteo del odioso vehículo.

Y después la selva. En mi recuerdo aún permanece la imagen de la selva nocturna, mientras nos adentrábamos en ella iluminados por aquellos faros amarillos, que descubrían más sombras de las que esclarecían en cada recodo de la angosta carretera. Fue como adentrarse por un túnel en el que acechaban extrañas figuras en sus límites laterales, fantasmas que aprovechaban los tupidos árboles y la noche para espiarnos sin ser vistos. Esto era imaginación mía, por supuesto, pero los soldados debían de temer algo parecido, algo que también acechaba, pero no en forma de fantasma, sino de guerrillero. Todos los jóvenes militares agarraban su fusil y miraban por las ventanillas como si pudiesen ver más allá del cristal. Sólo los metros de camino que alumbraba el vehículo permitían a nuestro asustado cerebro saber que estabamos en la tierra, y no en un paraje fantástico donde nada existía.

Llegamos al cuartel, ya noche cerrada, a las 23 horas y 30 minutos, como gustan decir los militares. Nos recibió al pie del autocar que nos transportó un capitán, que a esas horas supuse que estaría de guardia nocturna y sería en ese momento el jefe de mayor graduación en el cuartel penitenciario La Raza, pues así se llamaba el lugar de mi infortunio. El capitán despidió a la escolta de cinco soldados más el conductor, también militar sin graduación, y después nos pidió a los periodistas y a mí los *papeles*. Yo le di las dos cartas recibidas de la comandancia, y los periodistas otros documentos a los que no presté atención.

-Siento el viaje de ustedes dos -dijo el capitán, dirigiéndose a los confundidos periodistas.

Y a continuación explicó, para sorpresa de todos nosotros, que las ejecuciones se habían suspendido indefinidamente.

-¿No habrá tomado el gobierno la guerrilla durante nuestro viaje? -dijo con sorna Suso.

-Lo que ha ocurrido ya es publico desde este medio día, aunque ustedes aun no se hayan enterado -explicó el capitán-. La cobarde guerrilla de las montañas, bien lejos de aquí por cierto, ha asesinado vilmente a cuatro soldados y secuestrado a un coronel que viajaba por aquellos perdidos parajes.

-Pues sigo sin comprender la relación que tiene con esta suspensión de la pena para *nuestros* presos -exclamó el fotógrafo, que parecía triste por perder la posibilidad de disparar su cámara contra los penados, sobretodo después de pasar el calvario del viaje.

Fue Suso quien dio la respuesta.

-Supongo que han pedido, como rescate por el coronel secuestrado, a estos cuatro que de momento han salvado la vida, ¿no es cierto?

Asintió el capitán, y añadió:

-Por tanto, su estancia en este lugar ya es inútil. Se irán ahora mismo. Un nuevo conductor les está esperando.

Los dos periodistas quedaron mudos de asombro durante unos instantes, y después, ambos casi al mismo tiempo, exclamaron:

-¡Ahora!

Por toda explicación, les contestó que eran órdenes del general Serna, jefe supremo de aquel acuartelamiento penitenciario, pero que por supuesto no regresarían directamente a la capital, de donde proveníamos, sino que el primer tramo sería hasta el

pequeño pueblo donde nos detuvimos a cenar, y en el que harían noche en una fonda que ya había sido avisada.

Sentí pena por mis compañeros de viaje. Lo que más deberían de desear, al igual que yo, era acostarse en ese mismo instante y descansar sobre un colchón mínimamente blando. Me despedí de ellos con un apretón de manos, y les deseé resignación.

-Cristo, en su camino, tuvo al menos quién le ayudara con la cruz. -me dijo Suso, sin perder el buen humor a pesar de todo.

-No sea blasfemo -le corregí-, aunque le disculpo por lo que le aguarda

No habíamos acabado con el apretón de manos, cuando nuestro recepcionista, el capitán, me dijo que el general me estaba esperando. Ciertamente, me extrañó mucho que todo un general esperase levantado hasta esas horas para recibir al nuevo capellán del acuartelamiento. Quise imaginar que sería un hombre piadoso, muy temeroso de Dios y sumamente respetuoso con la Iglesia y con sus representantes; pero la verdad es que no creía esa explicación que yo mismo me daba, así que sentí una gran ansiedad mientras era conducido al despacho del general Serna, mi nuevo jefe militar.

Una vez en el enorme despacho del general, lo primero que vi fue su gran fotografía en la pared, que estaba tras su mesa y su sillón, y al lado de esa gigantesca imagen, otra de un plano del acuartelamiento La Raza, que en verdad era inmenso, como en los siguientes días habría de descubrir. Digo que mi vista se fijó en esos cuadros, pero a quién no vi fue al propio general hasta que oí su voz, proveniente de una esquina; estaba al lado de un gran ventanal, en un extremo del despacho, medio cubierto por los elegantes cortinajes de fieltro.

-¿No le enseñaron a presentarse ante un superior, Alférez? -dijo en un tono bajo, pero con voz enérgica, contraste que sólo dominan quienes hacen del mando una forma de vida.

Me cuadré inmediatamente, y como un autómata, dije alzando mucho la voz:

-Se presenta el capellán alférez Diego Molina, mi general. A sus órdenes.

Como él no respondía, añadí:

-Perdón por no haberle visto, mi general.

Pero siguió guardando silencio, y supe, o mejor intuí, que esperaba a ver si yo permanecía en posición de firmes o relajaba mi postura sin él haberlo ordenado. Tras unos segundos interminables, por fin habló, mientras se dirigía hacia su sillón y tomaba asiento debajo del enorme marco que contenía su fotografía.

-Descanse, Alférez.

Adopté la postura reglamentaria de descanso, y sólo tras él añadir que me podía relajar, dejé que mi cuerpo tomara una posición más natural y distendida. Sonrió y su rostro compuso un gesto más agradable que el que había tenido hasta entonces. Así aprendí que mientras hiciese todo lo que el general Serna ordenase, mi vida bajo su mando sería mucho más plácida.

-Y ahora puede sentarse -así lo hice en una silla frente a su mesa, mientras él seguía hablando-. Me alegro de su llegada, señor cura, me alegro porque imagino que como todos los curas tendrá facilidad para las palabras, ¿verdad?

No supe qué responder, y el general tampoco esperó mi respuesta, pues siguió con su monólogo, y no parecía requerir de mi intervención para nada.

-Me gusta la habilidad de los curas para trenzar las palabras. Soy un gran lector, pero un pésimo hacedor de textos. Mis facultades son otras.

Calló un momento, y pensé que esperaba de mí algún comentario, pero no podía imaginar cuál; además, mi cansancio era muy grande y mi mente no estaba demasiado lúcida. Aún no conocía suficientemente al general Serna, pero ya comenzaba a adivinar su gusto por ser escuchado. Más adelante también descubriría que apenas dormía, salvo

dos o tres horas, por lo que en esa primera entrevista, todavía tenía esperanzas de ir pronto a descansar sobre una cama y dormir el más profundo de los sueños. No tardaría en darme cuenta de que eso no iba a ser posible, al menos de inmediato. El general miró hacia el ventanal que había dejado, y siguió hablándome con voz pausada y profunda, como quien dicta una lección o como quien declama una homilía a sus feligreses. Sí, como un cura. Interiormente reí mi propia broma, pero ni por un instante creí oportuno hacer partícipe al general de ella.

-Más allá de lo que ve, señor cura alférez, nada existe. Todo es engaño y sueño. En el recodo del camino puede que se oculte el todo y la maravilla, pero si no llegamos hasta ese lugar, para nosotros no habrá nada allí que exista. Poco importa lo que las matemáticas demuestren, pues todo se reduce a nuestra experiencia de las cosas. Cuando el dolor corroa en lo profundo las entrañas y los órganos internos, que forman la vida, y la enfermedad logre que se descompongan a pesar de galenos y charlatanes… comprenderá, alférez, lo poco que importa que en una lejana estrella que nunca hemos visto, y de la que tan sólo han hablado los científicos en los periódicos, digan que existe la posibilidad de que unas gotas de agua incrustadas en grietas de rocas minúsculas, justifiquen los restos de fósiles de algo que parece ser un pequeño gusano. ¡La vida extraterrestre! ¿No emociona tal hallazgo mientras uno se retuerce de dolor y nuestras viudas calculan a cuánto tocan cada una?

Por supuesto no respondí a la pregunta, que supuse retórica, ni entendí a qué venía aquella larga disquisición, sólo creí oportuno mostrar un gesto de atención y afirmar levemente con la cabeza, mientras tomaba buena nota del gusto de aquel militar por disertar interminablemente de cualquier cosa, viniese a cuento o no. El general pareció darse por satisfecho con mi respuesta silenciosa, pues soltó una feliz carcajada y siguió hablando.

-Mire el plano de mi cuartel -señaló hacia el cuadro que al lado de su imagen mostraba el mapa del acuartelamiento La Raza-. Eso existe, señor mío, eso está aquí. Si mira por esa ventana lo verá a la luz de los faroles, y mañana lo podrá apreciar a plena luz del día en toda su inmensa extensión. Los que lo habitamos somos reales, nos vemos unos a otros, compartimos nuestras vidas, cumplimos con los designios a los que la posición de cada uno dentro del cuartel nos obliga. Somos, como dice el nombre del lugar, una raza, e incluyo a presos y militares. Todos juntos, existiendo en este mundo cerrado y pequeño, que sabemos cierto. De lo que podemos dudar es del resto, de lo que está más allá de la selva, pero no de este lugar ni de nosotros mismos. Si algo tenemos en común los que aquí vivimos, ya sean presos comunes, asesinos de la guerrilla, militares de diferente graduación, negros, blancos e incluso indios, es que sabemos que existimos.

Continué mudo tras la extraña reflexión del general, y él me miró intensamente como esperando un comentario por mi parte.

-¿Qué le parece? -me instó para que hablase.

-No tengo palabras para acompañar su elocuencia, mi general.

-Pues debiera de tenerlas, es lo que espero de usted, que tenga palabras, muchas y de muy diversos estilos.

-Bueno, ya sé que para llevar la palabra de Dios a los oídos de los residentes en este lugar…

Me cortó con un enérgico gesto de su mano.

-No voy por ahí, alférez, no hablo de sus obligaciones eclesiásticas. Hablo de algo mucho más importante. Hablo de mis órdenes. Pero, claro, aun no se las he explicado; ni tan siquiera le conté todavía los hechos que ha de conocer para cumplir bien mis deseos.

Consideré más oportuno no decir nada para defender la importancia de mi trabajo como sacerdote. Seguí en silencio mientras él continuaba hablando y las horas de aquella larga noche pasaban sobre mi cansancio como golpeando con un mazo mi cerebro. Era un tiempo que tenía la cualidad de lo espeso, propiciada tal sensación no sólo por la fatiga que padecía, sino por la presencia y las palabras de aquel extraño personaje, el general Serna, que parecía teñir todo de un color obscuro y opresivo. Creo que en ese instante tuve un ligero desvanecimiento, y mi cabeza hizo un movimiento circular, primero cayendo y después elevándose.

-¿Cansado, alférez?

-Temo que el viaje me ha dejado en un estado lamentable.

Tras justificarme, recompuse mi postura para quedar algo más erguido en la silla, lo que pareció agradar a mi superior, pues indicaba que estaba dispuesto a seguir soportando mi malestar para disfrutar de su presencia.

-Seré breve -dijo, y lo repitió dos veces más-. Pero antes de que se vaya a descansar quiero que sepa cuál va a ser su primera misión bajo mi mando.

El sueño se me fue de pronto. Toda mi atención se concentró en tan inesperada noticia. No contaba con tener ningún trabajo especial, aparte del natural de mi condición. Escuché con la mente embotada, pero atenta a lo que intuía como el inicio de una nueva etapa en mi vida.

-Habrá oído la desagradable noticia del secuestro de Coronel Díez en las montañas -comenzó diciendo mi interlocutor-. Sabrá que piden por su rescate la liberación de los cuatro cabecillas que habían sido condenados a muerte.

-Sí, a los que se les conmutó la pena; a los que yo venía a asistir cristianamente. Ya no necesitarán de mí, por lo que veo.

-No necesitarán de usted porque ya han muerto.

-No entiendo.

-Han muerto esta mañana por un error en las fechas de su ejecución. En unos documentos era el día cinco, en otros el cuatro. ¿A qué atenerse? Pues al día más pronto. Cuanto antes se les despache, mejor, pensé yo. Y a las pocas horas de quitármelos de encima, me llega la noticia de dejarlos con vida. En fin, estos errores de fechas y números son frecuentes en el ejército, ya lo comprobará.

-¡Entoces ya todo está perdido! -exclamé.

-Escuche atentamente a partir de ahora, porque va a saber cuál es su trabajo en este lugar durante los próximos días.

Por supuesto que guardé un mutismo absoluto y concentré mi atención en todas y cada una de las palabras del general.

-Alférez, sepa que fuera de este mundo que es el cuartel La Raza, nadie sabe de la muerte de esos cuatro guerrilleros. Los periodistas ya han sido alejados convenientemente. Por supuesto, bien sé que son inevitables las filtraciones, y que en el pueblo vecino, donde muchos de este cuartel viven, van a surgir rumores de lo sucedido; pero serán habladurías, y las habrá contradictorias. No serán fiables, y menos tras llevar a cabo mi plan.

Hizo una pausa en la que me pareció intuir un gesto de asco, quizás por su imposibilidad de evitar las murmuraciones fuera del cuartel. Yo seguí guardando silencio, absolutamente confundido. Pronto retomó el general el hilo del discurso.

-Sepa que el único contacto con el exterior permitido a los presos políticos es por medio de una carta al mes, que ellos pueden enviar a quienes deseen, bajo nuestra supervisión, por supuesto. Las cartas que se reciben son leídas y copiadas y archivadas, después se les entregan. Más tarde ellos dictan las que quieren enviar, y durante el dictado se corrigen convenientemente antes de archivar una copia y darlas al correo. ¿Comprende?

-No, mi general -contesté.

-Evidentemente, el sueño le derrota. Lo que quiero es que me los devuelva, señor cura. Quiero que me los resucite mientras las negociaciones, pesquisas y operaciones de búsqueda en las montañas llegan a buen puerto.

-¿Cómo dice, mi general?

-Que usted, alférez, se va a leer todas las cartas escritas y recibidas por esos cuatro guerrilleros fusilados esta mañana, que se va a empapar de sus vidas y que se me va a poner a escribir a sus familiares y amigos dentro de esta misma semana en la que estamos, que es cuando toca. Así dará apariencia de vida a todos ellos, pues no dude que su maldita familia y amigos están en contacto con los de las montañas.

Esa extraña noche, ya acostado después de la conversación con el general, permanecí insomne, a pesar del cansancio que sentía, hasta el amanecer, hasta que las primeras luces, que surgían tras las suaves colinas de la selva, inundaron mi habitación, pero que no me impidieron dormir, por fin, aunque plagado mi sueño de pesadillas en las que yo era una especie de nuestro señor Jesucristo, y caminaba por entre las tumbas de un cementerio inmenso, gritando, como un poseso, que se levantasen, que todos estaban salvados y que podían surgir de la tierra como nuevos resucitados.

CAPITULO II

Me despertaron unos fuertes golpes en la puerta de mi aposento, que era individual gracias a mi condición de sacerdote, pues si no habría tenido que compartirlo con otro oficial o incluso con otros dos, como usualmente ocurría con los recién llegados. Una vez incorporado, no me molesté en abrir, y grité que ya estaba despierto.

Pero el del otro lado de la puerta volvió a aporrearla, por lo que no tuve más remedio que ponerme los pantalones y abrirla. Era un soldado, que me informaba de que, tras el desayuno, el capitán Gómez me esperaba en su despacho. Interrogué al soldado sobre tal capitán, y así me enteré que era quien tenía a su cargo el Servicio de Inteligencia del Cuartel. Era el censor de las cartas de los presos, entre otras cosas. Ordené al subalterno que me esperara para indicarme dónde estaba el comedor y el despacho del capitán Gómez. Tras un rápido aseo, y después de un café con galletas, increíblemente duras, en el comedor de oficiales, me presenté al capitán de Inteligencia, el cual tenía la orden de ayudarme en todo lo referente a los antecedentes de los muertos: cartas, pertenencias o cualquier cosa que yo pudiera pedir relacionada con ellos.

-Es usted más joven de lo que pensaba -dijo nada más presentarnos, mirándome fijamente y sin un solo pestañeo, con sus ojos pequeños, guarecidos tras unas gafas de fina montura. Me pareció su mirada como la de una serpiente quieta e inmóvil, esperando atenta el momento de abalanzarse sobre la víctima que está vigilando.

-Mi edad es lo que menos me preocupa ahora mismo, mi capitán -contesté con cierta sequedad, pues la falta de sueño no me hacía especialmente simpático esa mañana, además, el capitán Gómez generó en mí una antipatía inmediata y sin explicación racional alguna.

No quise entablar un diálogo amistoso con aquel oficial, por lo que pronto le pedí toda la documentación que tuviese sobre los fusilados. Así me entregó cuatro cajas de cartón. Cada una de un difunto. Dijo que dentro de ellas estaba la correspondencia recibida, con las cartas originales, arrugadas, algo rotas, sin orden alguno; también había fotos y pequeños objetos sin valor. Igualmente, en su interior, explicó, se hallaban los archivos militares de la correspondencia de los muertos, copia de lo recibido y de lo enviado, todo bien ordenado y claro. Tras revisarlo superficialmente, pedí que me lo

llevasen a mi despacho, el cual se hallaba al lado de la capilla, según ya me había informado el soldado que me despertó. A continuación le dije al capitán, a modo de despedida, que comenzaría el trabajo inmediatamente.

Una vez en mi despacho, rodeado de las cuatro abultadas cajas, y mientras pensaba cómo organizar todo aquello, me vino de pronto a la mente una sorprendente pregunta, y no puede entender cómo no había reparado antes en ello.

Volví sobre mis pasos en dirección al lugar donde había dejado al capitán Gómez y su desagradable mirada. Recorrí varios pasillos, intentando que la memoria me llevase de vuelta a la oficina de Inteligencia, pero en alguna puerta intermedia equivoqué el trayecto, pues me encontré, tras recorrer una distancia más grande que la que yo recordaba, frente a una puerta por la que se llegaba a lo que supuse sería el extremo lateral del cuartel, pues a través de las ventanas veía un alto muro y después las copas de los árboles de la selva interminable. No había querido preguntar a ninguno de los soldados con los que me había cruzado por el prurito de no parecer un novato, pero ahora no tenía más remedio que solicitar ayuda. Como no vi a nadie en las cercanías del pasillo en el que me encontraba, acerqué mi rostro al ventanal, por si algún guardia recorría el espacio de terreno descuidado y con hierva alta que mediaba entre el edificio en el que me encontraba y el muro. Lo que vi fue una sorpresa para mí, pues cerca de la tapia estaba precisamente el capitán Gómez y otro individuo que no vestía como militar, pero en cambio llevaba al cinto una pistola. Si alguien de paisano portaba un arma corta en aquella selva, sólo podía ser un guerrillero. De inmediato pensé dos cosas, una, que sería un confidente hablando con el capitán Gómez, y otra, que yo estaba de más en aquel lugar. Caminé hasta dar con un soldado al que ordené que me acompañase al despacho del Servicio de Inteligencia, que por cierto descubrí, gracias a mi guía, que allí era llamado Centro de Escuchas. Acepté ese término, pues me pareció el más adecuado.

No esperé en el despacho del capitán Gómez mucho tiempo, pues él llegó casi detrás de mí.

-De nuevo aquí, Alférez -me dijo-. Parece que pronto le ha cansado el trabajo.

Parecía evidente que siempre todos los comentarios de este capitán llevaban una recriminación.

-Es que se me ha ocurrido hacerle una pregunta -le repliqué.

Se mantuvo en silencio, a la espera de mi ocurrencia, y yo pregunté sin más dilación:

-¿Qué ocurre con los familiares de los muertos? ¿No tendrán intención de venir para el fusilamiento? Incluso sería lógico que ya se encontrasen aquí, si se les anunció que el día 5 era la ejecución. ¿Qué sentido tiene entonces que yo les escriba en nombre de los difuntos?

-¿De verdad nos cree tan sádicos? -dijo el capitán-. ¿Cree que permitimos a los familiares asistir a las ejecuciones?

Ahora fui yo quien guardó silencio, por lo que el Jefe del *Centro de Escuchas* siguió explicándose.

-Los familiares estaban autorizados a venir y recoger los cuerpos a partir del día 6; ni un minuto antes de ese día podrían entrar en La Raza. Por supuesto, ya han sido notificados de la buena nueva, y saben del perdón que han recibido los cuatro penados. Ahora estarán ansiosos esperando sus cartas, las de usted, pero que son las de ellos; las cartas que les confirmen esa vida que aún permanece cuando ya todo lo creían perdido. ¡Qué situación tan paradójica!, ¿no es cierto?

Volví a mi despacho, ahora sin perderme, y un amargo regusto en la boca se trasladó, tal que ácido, a mi estómago, que comenzó a dolerme como si una brasa hubiese allí surgido de pronto. Y dos imágenes se quedarían grabadas en mi interior,

una, la del capitán Gómez, medio oculto en los confines del cuartel, hablando con un guerrillero, y la otra, su expresión de burla al mencionar la terrible ansiedad a la que estaban sometidas las familias de los muertos mientras esperaban sus cartas, las que ya habían creído no volver a recibir nunca, y en las que, efectivamente, iban a hallar la certeza de la supervivencia de sus seres queridos.

Decidí olvidarme de los malos sabores de la conciencia y organizar mi trabajo metódicamente, dejando a un lado los sentimientos más simples -los humanos-, y poniendo aparte también los otros más elevados -los cristianos-. Y con un "Dios me perdone" en el pensamiento, comencé a buscar en la caja que ponía "Carlos Díaz" en gruesas letras escritas a mano con un rotulador negro. De Carlos Díaz aun recordaba que me había contado Suso, el periodista, que era el más joven, y muchos más detalles encontré en el interior de aquel depósito, donde había un escueto y claro dossier sobre su vida, sus actos, su estancia en la cárcel y su muerte.

Carlos era, efectivamente, el más joven de los cuatro guerrilleros muertos. En las notas que encontré se explicaba que tenía 23 años cuando fue apresado, hacía dos de eso, y que se apuntó a la guerrilla tras el asesinato de unos tíos suyos a manos de gente uniformada desconocida -así decía el informe militar, no sé si por añadir un toque de humor o simplemente por un despiste del encubridor redactor-. El caso es que Carlos, de carácter violento y explosivo, se fue con los guerrilleros y dejó la casa donde vivía con su hermana, mayor que él en casi diez años, y con su madre, viuda desde hacía más de cinco, y a la que, como en posteriores lecturas epistolares pude comprobar, el chico adoraba. El informe militar poco detallaba de su vida como delincuente, tan sólo explicaba que fue atrapado en una incursión en la selva por tropas al mando del general Serna, y que fue acusado de dos asesinatos y de tres asaltos a propiedades del Estado. Realmente, poco más saqué del breve informe del Servicio de Inteligencia, por lo que

pronto pasé a revisar las pertenencias personales que había guardadas en la caja. Tampoco eran muchas. Había una foto de su madre y su hermana en la que se notaba que tenían un gran parecido entre sí; eran mujeres de mirada seria y triste, ni para plasmar esa imagen habían sonreído un poco, y eso que supuse, por el lugar de residencia de esa pobre familia -un remoto y pequeño pueblo en los confines de la selva-, que una fotografía habría de ser un hito importante en sus vidas. Aquellas caras mostraban toda la desesperanza que la gente sin ilusiones tiene, pero el rostro que más me impresionó fue el de la madre, quizás porque la hermana de Carlos tenía rasgos menos definidos, un poco más vulgares, y su vista se desviaba hacia un lado, como huyendo. La mujer mayor, en cambio, aunque tuviese los ojos similares a los de su hija, y la nariz algo gruesa y fea como ella, poseía además unas facciones más marcadas, su boca apretaba los labios, haciendo que estos casi desaparecieran, y sus ojos miraban con una extraña fijeza a la cámara que las había fotografiado. Esa mirada directa, de ojos muy negros, con el entrecejo fruncido y múltiples arrugas en la frente, hacía que no me fuese fácil quitar la vista de la imagen de aquella mujer. Por fin puse en un lateral de mi escritorio la fotografía de las dos mujeres y busqué una de Carlos Díaz. La hallé pronto. Era una imagen tomada en el cuartel carcelario. El rostro estaba, como es lógico, serio y en algunas partes me pareció que magullado. Su delgadez era extrema, y grandes ojeras profundizaban bajo los ojos, así como también estaban hundidas las mejillas; pero a pesar de tan demacradas facciones, tras los estigmas del sufrimiento se adivinaba en aquel rostro una gran belleza masculina. Curiosamente no se asemejaba en nada a su madre ni a su hermana. Los labios del joven eran gruesos, al contrario que los de las mujeres. Sus ojos eran grandes y no tan oscuros como los de la madre. Los rasgos del rostro, en su conjunto, le daban un aire altivo y fiero, muy lejos de la apariencia

resignada de ellas. Como no encontré ninguna foto del padre, supuse que a él se debería de parecer.

Tras estudiar el rostro del joven detenidamente, pues era una fase importante en mi identificación para poder escribir como él mismo, puse su fotografía al lado de la otra y cogí el dossier donde estaban archivadas las copias de las cartas enviadas y recibidas por Carlos. En otra carpeta, sujetas con unas gomas, estaban las originales recibidas, pero como ya antes dije, estas se encontraban sin orden cronológico y algunas en mal estado de conservación, así que tomé la decisión de leer las copias, no sólo en este caso, sino también en los otros tres. Igualmente decidí leer de un tirón todas las recibidas y después todas las enviadas. Mi buena memoria haría, si era necesario, el emparejamiento y la relación de datos entre unas y otras.

Comencé, como dije, con la lectura de las cartas recibidas por el joven Carlos. Todas eran de su madre, que a veces decía lo que la hermana quería contarle, pero siempre con la voz -la letra- de la madre. Eran cartas muy mal redactadas y peor escritas -no podía esperarse otra cosa-. Si a esto añadimos la poca nitidez que las fotocopias tenían en algunas partes, puede entenderse mi irritación por apenas entender algunos fragmentos. Pero en líneas generales llegué a leer y comprender lo fundamental. Eran cartas sencillas, que hablaban de amor materno hasta la saciedad, y de Dios como justificación de la resignación y la esperanza, y contaban del tiempo como un camino al final del cual volverían a encontrarse. Decían también de la tristeza y del dolor, por supuesto, pero se notaba el esfuerzo por no ahondar mucho en esos sentimientos. Asimismo, en las cartas, la madre le daba muchos consejos: que si el frío y que se abrigase, que si las malas compañías y que se apartase de ellas, que si los soldados y que no pelease más con ellos. Todas las cartas eran una repetición de la primera. Todas decían poco más o menos lo mismo. Todas eran un largo rosario de tristezas mal

disimuladas, pero también de esperanza en el paso del tiempo. En una de las últimas añadía una frase que ahora sonaba terrible y extremadamente dolorosa. Decía: "Soñé que te cogía entre mis brazos y que estabas muy pálido porque te faltaba la sangre, hijo. ¡Ves qué tonta es tu madre que tiene sueños así de locos!".

Cuando terminé la lectura de todas las cartas recibidas por Carlos no sólo me dolían los ojos, sino también algo interno e inexplicable, que dentro de mí muy pocas veces he notado. Fue en ese instante de duda indefinida, de sentimientos dolorosos y extraños para mí, siempre tan acomodaticio y por lo habitual insensible a los padeceres ajenos, cuando se abrió la puerta de mi despacho de par en par, y entró el general Serna, sin llamar, por supuesto.

-Le veo cansado -dijo, tras menos de un segundo de aparecer ante mí, y sin darme tiempo a cuadrarme y saludar militarmente-. Fatigado y triste, creo -añadió, demostrando una perspicacia que no le había adivinado hasta entonces.

-Sí, estoy cansado, mi general.

-¿Algo interesante hasta ahora?

Le contesté que sólo había leído algunas cartas de familiares de uno de los guerrilleros, sin entrar en más detalles; pero el general insistió en saber con cuál de ellos había comenzado.

-¡Ah, el joven! -dijo cuando nombré a Carlos Díaz.

Guardó silencio un momento, mientras se acercaba a la ventana y miraba a la distancia. Respeté ese silencio, pues mi ánimo no estaba bien dispuesto para hablar con nadie. De pronto el general alzó la cabeza al techo, dio un largo suspiro, más como si tomase aliento que de queja o cansancio, y me miró, y yo intuí que iba a comenzar una de sus disertaciones, como la de la noche anterior.

-Si las piedras tuviesen memoria sabrían quién las ha pisado y cuantas veces -comenzó diciendo-. Eso es algo, si se tiene memoria, que no se olvida. Las piedras se dividen en dos clases. Sólo en dos clases. Unas son de bordes agudos, y otras son planas. En eso se asemejan a nosotros. Cuando son de aristas puntiagudas, su aspecto es deforme y abrupto, entonces no sirven para ser pisadas a no ser con dolor o malestar, incluso con el riesgo de torcerse un pie; estas son las piedras que golpeamos, que arrogamos lejos de nuestro paso. Las planas, en cambio, son gratas, útiles, favorecen el camino y nos ayudan en el viaje. Y algo que tienen en común todas las piedras, con aristas o sin ellas, es que hacen su trabajo, el de estorbar o el de ayudar, sin darnos su opinión de por qué hacen lo que hacen. En eso, desgraciadamente, los humanos no nos parecemos a las piedras.

Cuando me pareció que había terminado su reflexión, asentí gesticulando con la cabeza aunque aún no entendía el segundo significado que podría tener aquel monólogo.

-Es hora de comer -dijo sin más, y me precedió en la salida al pasillo, en dirección al comedor de oficiales.

Tuve que dar unos pasos a la carrera para ponerme a su altura y, por mostrarme amable, quizás también servil, le pregunté si acostumbraba a comer con los oficiales, ya que tendría un lugar aparte y propio, supuse. Ignoró mi comentario y seguimos un tramo del pasillo en silencio hasta que él dijo:

-Carlos Díaz era una piedra con múltiples aristas, una piedra molesta y puntiaguda.

Tras esa frase lapidaria volvimos al silencio. Fue un poco antes de entrar en el comedor cuando me miró sonriente, para decirme:

-Sí, suelo comer siempre con mis oficiales. Charlamos, compartimos opiniones. A veces, en la comida, se toman decisiones más importantes que en las reuniones de la Plana Mayor.

Asentí, sumiso otra vez, como si entendiese o compartiese todas y cada una de las palabras del general; este, mientras saludaba militarmente a los soldados que hacían guardia ante la puerta del salón de oficiales, que uno de ellos abrió con celeridad, me dijo que yo era piedra buena, lisa, útil, aprovechable. De nuevo asentí. Un sentimiento de ruindad me invadió, pero ya estaba acostumbrado a hacer de mi vida un acto de sumisión ante los poderosos para poder medrar a su lado, a su costa, para conseguir ese pedazo de poder que siempre ceden a sus fieles más cercanos. Quizá tal predisposición hacia el vasallaje me viniese de cuando buscaba el afecto de mi tío rico y poderoso, con sus platos de comida sabrosa y su pistola al cinto. Quizá, sencillamente, yo fuese un ser ínfimo, un pobre hombre que no tenía más valor que el que le concediesen, a modo de migajas, los que de verdad valían algo. Lo curioso es que era allí, en aquel acuartelamiento carcelario en medio de la selva, donde por primera vez me lo planteaba. Nunca antes había visto esa imagen propia en un espejo mental con tal claridad. Y no me gustaba lo que estaba viendo.

Durante la comida se mantuvieron todo tipo de conversaciones relacionadas fundamentalmente con asuntos militares. Los reunidos eran casi todos gente mayor, con tan sólo un par de teniente jóvenes, aunque no tanto como yo. Los únicos que no interveníamos en ninguna conversación, a no ser que se nos preguntase algo, éramos el capitán del Servicio de Inteligencia Gómez y yo. Ese capitán no hacía más que mirar fijamente al orador de turno a través de sus gafas, como si estuviese memorizando no sólo sus palabras, sino también todos los gestos. Por supuesto, la última palabra en todos los debates siempre la tenía el general, y nadie replicaba nada en contradicción con sus argumentos, fuesen los que fuesen. Una vez que terminamos de comer, y mientras, ya repartidos en grupos pequeños, tomábamos el café en diferentes mesas o

incluso de pie, el general me cogió del brazo y me llevó junto al capitán Gómez, que estaba solo en una mesa iniciando el rito de encender un puro. No tuvo mayor relevancia nuestra conversación. Volvimos a hablar superficialmente de mi trabajo de suplantador como escribiente y de la ayuda que me daría Gómez en todo lo que le pidiese. También quedó claro que mis cartas serían supervisadas por él y por el general antes de ser enviadas. Esperaba lo del capitán, pero no había supuesto el interés del general Serna por ser también censor.

Un poco antes de despedirnos y volver a nuestras respectivas obligaciones, estuve tentado a comentar con ellos dos la visión que había tenido del capitán Gómez hablando con el supuesto guerrillero, pero me contuve en el último momento. No supe muy bien por qué, quizás pensé que salirme de mis competencias, sin saber exactamente en cuales otras me metía, no era muy prudente por mi parte, o quizás me intimidó el propio miedo a enfrentarme al capitán por descubrir algo que pudiera estar en su interés ocultar . Como todos los cobardes, siempre he tenido un sexto sentido salvador, que me ha librado de la confrontación y el peligro. Pero lo más sorprendente volvió a ser ese escozor intimo ante el reconocimiento de mi cobardía, oculta tras la virtud de la prudencia, que como antes la sumisión al general, me provocaba una vergüenza que jamás había sentido. Y fue en el momento de despedirme de los dos jefes militares cuando comprendí lo que me sucedía, porque la imagen del demacrado, aunque bello y altivo rostro de Carlos Díaz, con su gesto fiero y decidido, me asaltó de pronto como insultándome por querer suplantar yo, el mayor de los timoratos, a un hombre de valor y decisión inquebrantables.

De regreso a mi despacho estaba convencido de que, tras la lectura de las cartas escritas por el valiente joven, mi sentimiento de admiración por él y menosprecio por mí mismo iría en aumento. Aun así no demoré un segundo en comenzar su lectura. Lo

primero que noté nada más abrir la carpeta que contenía las copias de las cartas, fue que existían muchas frases mal construidas, como si estuviesen incompletas. No dudé que la labor del censor era así de grosera, por lo que usé el teléfono interno (el cual durante la comida me habían enseñado a usar) para preguntar al capitán Gómez si había un archivo de lo que fue censurado durante el dictado de las cartas. Su respuesta se demoró unos segundos, y cuando estaba a punto de repetir la pregunta, su voz sonó en el auricular:

-Pues no. Suprimo los nombres de militares, de políticos y de guerrilleros que están aún en libertad, por evitar mensajes subversivos, ya sabe. Quito también referencias al cuartel y comentarios negativos sobre la vida aquí dentro. Igualmente omito en la escritura, por supuesto, expresiones revolucionarias. Eso es todo. El resto es tal y como lo dictaron. Pero no guardo archivo alguno de lo que suprimo, que por cierto no sería mala idea. Quizás a partir de ahora lo haga.

Colgué enseguida, tras una apresurada despedida, pues no podía evitar que continuase mi aversión inexplicable por aquel hombre. Después inicié la lectura sin interrupción de todas las cartas de Carlos Díaz.

Las primeras misivas del guerrillero, a parte de las referencias al cariño que sentía por la madre, estaban llenas de frases contundentes y furiosas. "Voy a soportar esto porque soy más fuerte que ellos", repetía de diferentes maneas en distintas cartas o incluso en la misma, como si necesitase convencerse él antes que a su pobre madre o hermana. También solía hablar, en esas primeras cartas, de que cuando saliese de la prisión sabría lo que tenía que hacer. No explicaba qué era ello, y si lo había hecho alguna vez, la oportuna supresión de Gómez la habría anulado. La frase que solía escribir era, "cuando salga, que alguna vez será, ya sé los pasos, ya aprendí los caminos y las amistades, y sobre todo ya sé distinguir a los otros". De esta enigmática frase quise intuir que hablaba de que había descubierto quienes eran amigos y quienes no. ¿Alguien

lo había ayudado y era su inesperado amigo?, ¿alguien le había traicionado y era el sorprendente enemigo? Ante tantas suposiciones, producto de frases poco claras, mi mente divagaba con peligrosa facilidad, por lo que tuve que imponerme la disciplina de no fantasear y atenerme a lo que leía, y aquello que no fuese lo suficientemente explícito decidí que era mejor ignorarlo. Tarea vana, pues ¿quién ata la imaginación cuando se le muestra un camino oscuro pero con una rara luz al final?

No tardé en desesperar a causa de las palabras suprimidas por el capitán Gómez, pues cuando creía que podía captar una idea importante, la inoportuna frase incompleta hacía imposible la comprensión de un párrafo entero. Leía tan deprisa, con tal ansiedad, que enseguida llegué a las últimas cartas del joven guerrillero muerto, que eran más tristes, menos apasionadas, con ninguna frase agresiva. No había ya apenas censura por parte del proverbial *suprimidor*. La degeneración anímica del joven Carlos era evidente en expresiones tales como "observo durante horas los muros que me limitan, y me sorprendo cuando descubro el tiempo que pasé haciendo tal cosa", o esta otra, "ya no discuto con nadie, por primera vez en mi vida no me importa que digan o hagan uno u otro". Era evidente que antes de ejecutarlo, Carlos ya estaba muerto debido al encierro. Su espíritu libre había sucumbido, derrotado por la cárcel, por la disciplina y por las prácticas, que en este lugar llamado La Raza, supongo que serán tan habituales como en cualquier otro sitio donde se doblegue a los hombres.

Decidí comenzar inmediatamente la carta. Tome una hoja en blanco y escribí con violencia y energía (después se la dictaría al capitán Gómez, y sería la conocida letra de una máquina de escribir la que recibiría la madre de Carlos). Usé como disculpa la supuesta aplazada muerte para justificar el renacer del espíritu libre y agresivo del joven.

"Querida madre, querida hermana", así comenzaban casi todas sus cartas, y así inicié yo la *nuestra*, "he salvado de la muerte por esta vez y creo que es un buen augurio de lo que vendrá". Después seguí hablando del futuro y de reencuentros felices. No me tembló el pulso ni una sola vez al mentir sin piedad a una pobre madre que leería aquella carta como alimento venido del cielo. No era por maldad, me dije a mí mismo, ni por cumplir una orden con mezquina obediencia, aunque no negaba la influencia cierta de esto último, escribía con tal ímpetu porque sentía como si de verdad Carlos Díaz estuviese vivo y redactase él de tal manera, aunque fuese yo quien lo hacía, pero como mero intermediario, como casual amanuense. Quizás era un engaño a mí mismo, bien lo sabía; una forma de disculpar mi atroz crimen contra la verdad y la fe de Cristo. Pero como mi fervor religioso ya dije que era tenue, mi temor a los poderes terrenales era grande y mi fantasía también enorme, pude de esta manera obviar a Cristo, hacer méritos para con el general y suponerme influido por la personalidad del joven guerrillero muerto, para que todo eso junto me permitiera, sin mayores zozobras, escribir como lo hice a la madre aquella.

Cuando estaba dando por terminada la carta, ya dije que llena de esperanzas y futuros encuentros, no resistí la tentación de añadir un último párrafo, que así decía: "cuando me escribas, madre, no dejes de hablarme de los amigos y de mis verdaderos enemigos". No supe bien por qué escribí aquello, al menos no lo hice de forma razonada, simplemente me salió de dentro, sin duda influenciado por la intriga que algunos párrafos de las cartas de Carlos habían dejado en mí.

Fue al mirar hacia la ventana cuando me di cuenta de que comenzaba a oscurecer. Las horas habían pasado sin darme cuenta, y ya se acercaba la hora de cenar a pesar de que parecía que unos momentos antes había estado almorzando con el general y el resto de oficiales. Lo más sorprendente era que estaba completamente desvelado a

pesar de las pocas horas de sueño que había disfrutado la noche anterior. El reloj marcaba casi las nueve, y aunque pensé que sería tarde para llevar el manuscrito de la carta al capitán Gómez, quería dar por terminado mi trabajo con ese primer *resucitado*, por lo que salí casi a la carrera hacia el despacho del Servicio de Inteligencia, sin pararme a pensar que podía haber usado el teléfono para averiguar si aún estaba allí el desagradable censor. A pesar de mis temores, Gómez todavía se encontraba trabajando, y se sorprendió al verme y oírme decir, un poco entrecortado por la carrera, que quería dictarle la carta de Carlos Díaz.

-Me sorprende tanta urgencia -dijo, con ese modo suyo de hablar como si acusase, como si sospechase algo o como si procurase molestar siempre de alguna manera.

-Quiero acabar mi trabajo cuanto antes -contesté a modo de disculpa, aunque yo mismo no sabía tampoco el motivo de la prisa. Era como si al enviar la carta me liberase de algo que no entendía muy bien qué era.

Dicté la carta y él la copió con destreza en la máquina de escribir sin hacer ningún comentario hasta que finalizamos, entonces, dijo:

-No deja de sorprenderme esa parte final.

-¿Cuál? -respondí, aunque entendía perfectamente a qué se refería.

-Eso de los amigos y los enemigos.

Me puse nervioso sin saber qué decir. Tartamudeé mientras buscaba en mi mente una explicación fácil y razonable. Lo cierto es que balbucí cosas sobre modificar el estilo inicial de la misiva, darle un toque especial, en fin, como si fuese por hablar de cualquier cosa. La explicación sonaba ridícula incluso a mis oídos, pero el capitán Gómez pareció darla por buena, y no hizo más comentario que el siguiente:

-La llevaré al general ahora mismo, antes de la cena.

Yo le pedí que me disculpase con nuestro superior y los otros oficiales, pero estaba muy agotado y me acostaría temprano sin cenar. Y era cierto, pues una vez acabado el trabajo último, que fue el dictado, un cansancio, que estuvo aguardando hasta entonces, me invadió haciendo pesados los párpados y flojo el cuerpo.

En cuanto llegué a mi habitación, sin apenas tiempo para desnudarme, y mucho menos para rezar, caí dormido en la cama como si volviese de realizar un enorme esfuerzo físico.

CAPITULO III

Como me dormí temprano la noche anterior, y no desperté ni una sola vez en todo el sueño, me levanté antes del toque de diana. Tomé un rápido café en el bar de oficiales, donde apenas había nadie todavía, y pronto me encerré en mi despacho dispuesto a comenzar con la apertura de otra de las cajas que contenían los documentos de los finados, los cuales permitirían que me adentrase en la personalidad de un nuevo difunto. Pero justo antes de que tomase la decisión de qué caja abrir, llamaron a la puerta y, tras dar mi consentimiento, entró el capitán Gómez.

-Madruga tanto como los que huyen -dijo con ese afán suyo por molestar siempre. Después, ante mi mutismo por su comentario, añadió que había mostrado al general Serna mi carta, y que no había puesto ninguna objeción, por lo que saldría en el correo de ese mismo día.

De pronto se me ocurrió una pregunta, y aunque no sentía deseos de conversar con él, no pude contener mi curiosidad.

-¿No es un trabajo excesivo escribir las cartas de los presos? Me sorprende tarea tan ardua.

-No es mucho esfuerzo -me contestó-. Sólo escribo las de los terroristas y políticos subversivos. Y tenga en cuenta que no son muchos lo que hay encerrados, pues no es esta una cárcel que los suela acoger. Ahora mismo, tras los últimos *fallecidos*, nos quedan seis, de los cuales tres no escriben nunca y los otros tres no lo hacen con regularidad mensual, que es lo máximo permitido, como seguramente sabrá. Por supuesto, ahora mismo están suspendidas todas las misivas al exterior, incluidas las de los presos comunes, que escriben por sí mismos, pero todas sus cartas están ahora retenidas para que no transcienda la noticia que estamos ocultando con su inestimable ayuda, señor cura.

Hasta entonces nunca había oído hablar tanto al capitán Gómez, y ya no tenía ganas de escucharle más, por lo que intenté abreviar aquella entrevista, diciendo:

-¿Puedo saber el motivo de su visita?

-Sólo expresarle la felicitación del general por la carta de ayer.

Le contesté que me pondría inmediatamente con la segunda, y que esperaba llevársela para el dictado lo antes posible, incluso antes de la tarde. Nada más irse el desagradable Gómez, abrí la caja que contenía las pertenencias de José Pérez, el viejo campesino del que el periodista Suso me había contado que le fueron robadas sus tierras por un cacique local, tras lo cual se había incorporado a la guerrilla, alcanzando pronto el mando de un importante grupo. Pensé que tendría que descubrir las cualidades que tenía tal hombre para, a pesar de ser de edad avanzada y no llevar mucho tiempo en la subversión, alcanzar el título de jefe en poco tiempo.

Leí con avidez el expediente militar sobre el sujeto de mi interés. Contaba que, tras perder en una justa disputa legal sus propiedades, y pasar estas a pertenecer a su vecino, el llamado José Pérez había abandonado no sólo la casa que ya no le pertenecía, sino también a su familia, compuesta por una esposa (que moriría de forma natural muy

poco tiempo después) y una hija soltera, la cual pasó a vivir con una tía (hermana de la difunta madre). Unicamente con esta hija era con quien se escribía el difunto José. De él también contaba el informe militar que pronto se le supo, tras abandonar a su familia, dirigiendo un grupo de subversivos, que atacaban sistemáticamente al que fue su vecino y ahora dueño legal de sus tierras. José Pérez fue atrapado en una incursión al interior de la selva por el general Serna.

Como en el primer caso, el de Carlos, en este de José tampoco la Inteligencia militar había hecho un informe muy exhaustivo ni mucho menos profundo. En poco me ayudaba, ciertamente. Me puse a leer a continuación las cartas recibidas, que estaban escritas casi todas por la hija, y alguna por la hermana de la esposa difunta. Comprobé, primero al peso y después contando, que eran menos que las del joven Carlos, lo que indicaba que no todos los meses había recibido José la carta a la que tenía derecho según las estrictas ordenanzas dictadas por el jerarca de La Raza. Tampoco eran misivas muy interesantes; hablaban, las de la hija, del clima, de la cosecha, de la tristeza y de los ruegos a Dios, tema recurrente como signo de esperanza y resignación. No puede evitar una sonrisa irónica, y un dolor después, al reconocer mi hipocresía en tal asunto. De nuevo, algo que antes no me había dañado nunca, aquí, en el cuartel penitenciario de mis desgracias, me obligaba a ser consciente de debilidades y carencias propias, que siempre habían estado prudentemente ignoradas.

Solamente una de las cartas de la hija me llamó la atención. Decía, en uno de sus párrafos: "Mejor olvidas todo, padre. Mejor rezas por una vez, y ojalá que para siempre a partir de ahora, para salir y no pelear más. Los que te llevaron ahí ya sabes que no son los ladrones de tierras".

La última frase tenía cierta relación con algunas de Carlos. Insinuaba traiciones, engaños por parte de alguien, que no era el enemigo natural.

Enseguida pasé a leer las cartas de José Pérez, que tampoco eran muchas. Igual que su familia, él tampoco parecía dado a escribir. En sus escritos pronto comprobé, tal y como había dado a entender su hija, que el hombre no era muy creyente, y que achacaba a los hombres, y no a Dios o al demonio, todos los bienes y los males que le sucedían. De nuevo, al sentirme de su misma opinión, un punzante dolor en algún lugar indefinido de mi cabeza me recordó la impostura de mi vida y de mis actos como sacerdote. Rehuí tales pensamientos y me concentré de nuevo en la lectura de las cartas. En una de ellas había una frase que indicaba muy a las claras la personalidad dominante del anciano: "A pesar de las restricciones de los guardias, ya he logrado que dispongan a mi gusto las cosas en la celda". En efecto, tras poco tiempo de lectura, comprobé que José Pérez era un ser con dotes de liderazgo naturales. Su personalidad se notaba arrolladora incluso durante la lectura. Decía, por ejemplo: "mis compañeros de lucha y encierro necesitan oír lo que tienen que hacer, precisan que les indique desde las más sencillas cosas hasta que les recuerde que mañana la vida continua". Esta frase, en una de las últimas cartas, indicaba que no había sucumbido a la derrota y el encierro en ningún momento. Y también me sugería una idea, la de hablar con los presos de la guerrilla, los que aún estaban vivos, en el supuesto de que tuviese dificultad en comprender la forma de ser de alguno de aquellos a los que yo tenía que suplantar. No era este el caso, pues José Pérez era muy fácil de imitar en la escritura. Frases contundentes, a veces lapidarias y siempre demostrando que sabía lo que tenía que hacer él mismo y los demás. Nunca dudaba.

Inicié su carta sin saludos previos, como él había hecho en más de la mitad de las que había enviado. Después seguí hablando (escribiendo) de que en el futuro, si alguna vez era libre, habría que buscar nuevas tierras y otra vida, lejos de enemigos ocultos. También hice algunas recomendaciones a la hija, las cuales copié de sus cartas,

ya que vi que las hacía con frecuencia; eran referencias a la necesidad de que la mujer, ya algo mayor, buscase un hombre con el que formar una familia y que se olvidase de consagrar su existencia a los rezos y a sus tíos. Finalicé, escribiendo casi sin darme cuenta, dando una serie de órdenes sobre cómo quería que todo estuviese dispuesto en la casa para cuando yo (él) regresase. No lograba explicarme como podía haber escrito esa parte final, pero no tuve fuerzas para suprimirla. Era como si algo (o alguien) superior a mí, con más fuerza moral que yo, me obligase a ello.

Di por concluida la carta, y viendo que ya era la hora del almuerzo, la llevé conmigo al comedor de oficiales para entregarla allí mismo al jefe del departamento de *escuchas,* y que él la copiase con las correcciones que considerase oportunas; pero una vez en tal lugar, al no ver ni al capitán Gómez ni al general Serna, fui al despacho del primero, donde un soldado me informó que estaba, junto con el general, en una incursión a la selva. Dejé la carta al soldado, ayudante de Gómez, y volví al comedor. En tal lugar, departiendo con otros oficiales, oí que hablaban del camión con provisiones que había llegado esa mañana, y uno de los ellos añadió:

-Si hay camión, hay incursión.

Todos rieron menos yo, que no entendía el significado supuestamente gracioso de ese comentario. No pregunté, pues el instinto me avisaba de no profundizar en determinados conocimientos de aquel lugar. Aunque lo cierto es que a ese instinto lo ayudó el observar las miradas cruzadas de los oficiales allí presentes, como de entendimiento y aviso, y después las de soslayo hacia mí, haciéndome sentir como un intruso.

Por la tarde abrí la caja del maestro de escuela, el llamado Ovidio De Pedro. Encontré una serie de objetos que no dejaron de sorprenderme. Había exactamente

dieciocho cajetillas de cerillas vacías, también di con múltiples trozos de barritas de tiza blanca, y finalmente encontré unas gafas sin cristales. Supuse que habría alguna explicación a todo aquello en las cartas, así que quise comenzar por las recibidas: no las hallé. Busqué y leí rápidamente el informe militar, que como todos los otros redactados por el Servicio de Inteligencia era escueto y poco claro. Decía que el maestro de escuela, Ovidio De Pedro, había enloquecido un día y abandonado sus obligaciones de funcionario del Ministerio de Educación. No se daban más explicaciones al hecho. Después se contaba que se le conocían actividades de adoctrinamiento revolucionario a los jóvenes guerrilleros y que fue capturado por el General Serna en una expedición al interior de la selva (cosa que ya no me sorprendía, y no dudé que sería algo común a los cuatro). Finalmente, el expediente hacía mención al hecho de que Ovidio De Pedro no había recibido ningún tipo de correspondencia en la cárcel, a pesar de que él sí escribía de cuando en cuando a alguno de sus antiguos alumnos. En efecto, había quince cartas escritas a lo largo de los dos años pasados en la cárcel, y todas dirigidas a alumnos suyos. Tan sólo había repetido con una de las niñas, en el resto de los casos eran todos distintos los receptores de las cartas del maestro loco.

Me defraudó la lectura de las quince cartas. Tenían frecuentes lagunas en el texto, y era fácil adivinar la labor del capitán Gómez como censor de proclamas revolucionarias. Las palabras que quedaban eran consejos a sus alumnos sobre el aseo, la puntualidad, la importancia de practicar la suma, la lectura y la escritura, pero tales buenas enseñanzas venían envueltas en un texto grandilocuente, ridículo, desproporcionado, como por ejemplo cuando decía: "nuestras maravillosas manos, futuras constructoras de universos, han de relucir al sol que alumbra el claro camino que nos indica la felicidad". Y así todas las cartas. Tan sólo las dos enviadas a una tal Remedios Donato parecían darme alguna pista de la intimidad del maestro, a parte de su

evidente trastorno mental. En una de esas misivas dirigidas a su alumna, decía que: "Recuerdo tus ojos cuando te hablaba del origen subterráneo de las montañas, que habían surgido en el principio de los tiempos del fondo de la tierra. Recuerdo que parecías miedosa de que tal cosa pudiera haber sucedido alguna vez; así yo ahora estoy también asustado de lo que me ocurre, y ni siquiera tengo tus ojos para consolarme". Era un párrafo que resultaba extrañamente hermoso, aunque no decía nada bueno sobre la moral y las inclinaciones de Don Ovidio hacia las menores, ciertamente.

Tras la lectura de las cartas y del expediente del maestro, me parecía que era innecesario escribir ahora en su lugar a otro de sus alumnos, pues estos (o sus padres) parecían rehuir tal correspondencia, cosa que no me extrañaba, pues el trato con un guerrillero loco no les reportaría ningún beneficio. Había tomado esa decisión, pero las cajetillas de cerillas vacías me intrigaban y no dejaban que abandonase al difunto maestro. La tiza supuse que era para escribir o dibujar en las paredes, y las gafas serían suyas hasta que se rompieron los cristales en cualquier avatar carcelario, pero no entendía ese afán coleccionista del viejo loco.

Decidí buscar a algún preso de la guerrilla que hubiese sido compañero de este extraño personaje. Como no estaba Gómez, me dirigí a su ayudante, el Sargento Porfirio, y como él sabía que debían de dárseme todas las facilidades para mi secreta labor, no opuso ninguna objeción, más al contrario, me acompañaría a una de las celdas y me presentaría a Ulpiano, que era un veterano guerrillero, pero de poca relevancia y al parecer escasa labor violenta mientras estuvo libre, quizás por su poca inteligencia o por su increíble tranquilidad, por no decir apatía como actitud vital. Al tal Ulpiano nada parecía importarle, ni le alteraba ningún acontecer, según me explicó el sargento y yo mismo pude comprobar tras el poco trato que con él tuve.

El sargento y yo recorrimos varios pasillos y ascendimos dos niveles para llegar al segundo piso, donde se encontraban las pequeñas celdas de los terroristas, pero menos atestadas que las que había visto en el anterior nivel, las de los presos comunes. Cuando llegué ante la celda de Ulpiano me presenté de forma enérgica y militar, para imponer respeto y obediencia:

-¡Soy el alférez Molina, incorpórese!

El preso, que se hallaba en la celda solo y recostado plácidamente en su catre, no hizo caso de mi orden, y únicamente me dedicó una mirada desganada.

-Con este no valen ni los gritos ni los golpes, mi alférez -me avisó el sargento-. Es lelo y torpe, y además duro e insensible como un muro.

Decidí cambiar de actitud y pedí que me dejase a solas con él. En cuanto el ayudante del capitán Gómez se retiró, yo me acerqué a los barrotes que nos separaban, y le dije en tono suave al guerrillero Ulpiano:

-Sólo quiero preguntarte sobre el maestro Ovidio De Pedro; tan sólo quiero que me digas porqué coleccionaba cajetillas de cerillas.

Como el otro seguía en silencio y sin prestarme aparente atención, seguí hablando en tono amistoso.

-No sé bien por qué me interesa, pero necesito conocer a ese hombre, y las cajas de cerillas vacías es lo único que tengo.

El preso Ulpiano se incorporó lentamente, como si le supusiese un esfuerzo inmenso. Se acercó a la puerta del calabozo y, a medio metro de mí, se detuvo.

-Conocer a un muerto no tiene sentido -dijo.

-Para mí sí.

Aquel hombre dejó de mirarme, desvió la vista hacia la paupérrima mesa de madera de su pequeño habitáculo, y por fin, con desgana y lentamente, habló:

-Ponía sus cajitas ahí encima, las colocaba en filas todas iguales. Se ponía delante de ellas con sus gafas y un trozo de tiza en la mano, y nombraba a todas con un nombre de persona. A la que llamaba Remedios siempre la colocaba la primera. Después comenzaba a explicar cosas de la tierra, de los mares o las estrellas. Ese loco maestro podía estar hablando a las dichosas cajas durante horas. Yo me dormía muchas noches escuchándole.

Cuando volví a mi despacho, acompañado del sargento Porfirio, y sin haber sacado al preso ninguna información más, una extraña simpatía hacía el pobre maestro muerto comenzaba a surgir en mí.

-¿Estaba muy loco el difunto? -pegunté a Porfirio.

-Supongo -contestó-. Sólo sé que era entretenido escucharle. Yo lo hacía a veces. Cuando me aburría subía allí arriba y oía sus cosas.

-Nuestro general atrapó a los cuatro guerrilleros fusilados en una misma batida en la selva, ¿verdad? -dejé caer de pronto.

-Claro, claro -dijo simplemente el otro, y enseguida nos separamos.

Ya de nuevo en mi despacho, decidí no escribir la carta del maestro Ovidio De Pedro. No merecía la pena, y así pensé explicárselo al general.

Como aún era media tarde, fui, por pasar el tiempo, a la capilla, en la que hasta entonces apenas había estado, y un ligero remordimiento me embargó, pues reconocí no haber celebrado ni una sola misa aún, ni haber atendido cristianamente a ninguno de los presos y tampoco a nadie de los militares que en La Raza habitaban. Lo cierto es que ni tan siquiera había pensado en ello hasta entonces. Mis pecados aumentaban, y lo extraño es que comenzaba a ser consciente de ellos, lo que no dejaba de ser una novedad.

La pequeña capilla del cuartel estaba limpia y decorosamente ornamentada. El anterior capellán, antes de ser destinado por su edad a lugares más tranquilos, había sido pulcro, sin duda alguna. Pensé que tendría que agenciarme algún ayudante para las tareas menores, como limpiar, ordenar, colocar, abrir y cerrar la capilla. Incluso cruzó por mi mente, sin yo poder evitarlo y a modo de chiste, la idea de que ese ayudante celebrase la misa en mi lugar, pues lo cierto es que tan sagrada ceremonia siempre me pareció aburrida por lo repetitiva y falta de sentido que para mí resultaba. En cualquier caso, en aquel lugar perdido de Dios y de los hombres, nadie parecía echar en falta mis servicios de sacerdote, lo que era la única cosa buena que había hallado hasta entonces en tal sitio. Mis pocas ansias de celebrar a Dios eran parejas a las que sentía por amar, ayudar o comprender a mis semejantes; por lo que cuanto más me aislase de todos aquellos criminales, o incluso de los militares, que me rodeaban, mejor me sentiría. De Dios nunca esperé nada y de los hombres tan sólo que satisficiesen mis necesidades de poder y comodidad.

Mientras estaba abstraído en mis poco santos pensamientos, entró un soldado que dijo buscarme por orden del general Serna, el cual acababa de llegar. Fui de inmediato a su despacho y lo encontré todavía en uniforme de campaña, algo sucio y polvoriento.

-¡Todo bien, todo estupendo! -dijo nada más verme.

-¿Más prisioneros, mi general? -pregunté, pensando en otra incursión exitosa en la selva a la caza de guerrilleros.

-No, no ha sido eso -contestó, y guardó silencio mirándome, como sopesando algo contra mí, pero no se me ocurría qué podía ser.

-Algún día compartiremos muchas cosas -añadió-, pero no hoy. Si le llamé fue para felicitarle personalmente por el trabajo que hasta ahora lleva hecho. Ya me han dicho que incluso se entrevista con los presos.

-Fue para recabar información sobre el maestro, el llamado Ovidio De Pedro.

Iba a añadir en ese momento que no consideraba necesario escribir carta alguna para este muerto, pero algo me retuvo, y mientras pensaba por qué no me decidía a confirmar la inutilidad de tal misiva, el general Serna volvió a hablar.

-Bien, pero de todas forma le desaconsejo las relaciones con los terroristas; con los vivos quiero decir, si me permite la gracia.

Se la reí, por supuesto, aunque con desgana, y noté su vista escrutadora, que no perdía un solo detalle de mi compostura.

-Por supuesto, siempre que no esté de acuerdo conmigo, sólo tiene que decirlo, capellán.

Negué con azoramiento tal posibilidad, y él siguió hablando.

-¿Y le dijo algo interesante el que fue compañero de celda del viejo maestro?

-No, tan sólo me habló de alguna de sus tonterías. No me sirvió de nada la entrevista.

-¿No le decía yo? ¿Ve cómo tengo razón?

Asentí, y vi como parecía tomar mejor aspecto su expresión, lo que sirvió también para relajarme yo. Enseguida el general tomó asiento y, manteniéndome a mí de pie, comenzó uno de sus monólogos, para los que yo era, al parecer, uno de sus escogidos.

-Alférez, es evidente que aún le falta tiempo para integrase aquí con nosotros, y es también necesario el paso de ese tiempo para que le conozcamos y le permitamos acercarse e integrarse; mientras tanto no haga más que lo que se le ordene, y no busque más allá de lo que se le muestra. Sepa que este mundo privado, que es La Raza, tiene,

como todos los lugares del universo, luces y sombras. En la luz está lo seguro, lo sano, aquello que no daña. Nos vemos los unos a los otros y cuidamos de ser pacíficos y corteses, de mostrarnos amigables y civilizados. La luz de cualquier mundo, incluido este mío, es la que nos protege de nosotros mismos y hace de la vida algo bello, aunque un poco ficticio. Pero es en la sombra, la parte obscura de la realidad, donde se completa todo, donde se explica todo, y también donde podemos sucumbir ante el más fuerte, ya que ahí la ley no es la de la apariencia grácil y simpática, no es el acto cortés y amable lo que impera, si no aquello que dentro de nosotros pervive a pesar de tanto siglo de luces y sonrisas, aquello que unos llaman instinto, otros, sencillamente, La Bestia, y otros, como yo, el alma, pues es lo inasible que nos hace únicos, fuertes y supervivientes a toda calamidad.

Calló, esperando quizás mi escándalo por tal definición del alma, y me sentí obligado a mostrar tal reacción.

-Yo, por supuesto -inicié mi protesta, aunque con poca convicción y energía-, no puedo estar en completo acuerdo con esa idea del alma, ya que…

-Por supuesto, por supuesto -me interrumpió, mostrando desgana en seguir la conversación.

Esa noche, ya en mi habitación, y mientras intentaba dormir sin conseguirlo, la imagen de una Remedios por mí inventada, pues la veía como una jovencita bella y de sonrisa abierta aunque no la conociese, no dejaba de aparecérseme en la obscuridad de mis ojos; y si los abría, entonces la soledad enorme de mi cuarto de soldado, tan frío y desprovisto de adornos, hacía que ansiase volver a cerrarlos para acercarme a aquel sueño de la niña hermosa. Por fin no cedí más ante el recurso fácil de la mente para

divagar con ensoñaciones engañosas, y salté de la cama casi con rabia al reconocer mi debilidad. A continuación fui al baño y arrojé agua fría contra mi rostro.

Una vez en pie y desvelado, no tardé en comenzar a escribir la carta del maestro Ovidio De Pedro a su alumna Remedios. Era consciente de que ahora la muchacha tendría unos cuatro años más que cuando la conocía el instructor, y que ya sería una jovencita bastante distinta a la recordada por el muerto, pero yo no podía asumir una imagen de la Remedios actual, sino que me quedaba con la niña que una vez conoció el loco De Pedro. Y con ese recuerdo, que no era mío, pero que lo parecía, le dije a la niña que estudiase todos los días un poco cosas de la suma y la resta, que leyese algo sobre los planetas y la tierra y el lugar que nosotros ocupábamos, pues aunque distábamos el uno del otro varios kilómetros, desde muy alto, desde donde se veía la tierra toda, estábamos casi juntos. Juntos como cuando antes estábamos, como cuando ella se sentaba frente a mí, cerca de mí, cerca de donde nos mirábamos, ella escuchando y yo contando a todos mis alumnos cosas de la higiene y la formación de la tierra que pisábamos. Así terminé la carta, diciéndole que trasmitiese mis recuerdos para todos lo niños de la escuela. Resistí la tentación, sorprendentemente intensa, de despedirme de ella con unas palabras algo más que cariñosas, pues aunque en mi interior pujaban por salir frases como "niña que acaricio con mis ojos" o "pequeña hermosa de mis más tiernos sueños", no las incluí por miedo a la burla de quién después sería censor de aquello que yo (o más que yo, el maestro) escribía.

Dejé la carta sobre mi mesa para entregarla unas horas después al capitán Gómez, y me dormí con una extraña sensación de felicidad cuando ya la madrugada era anunciada por la lejana luz del amanecer. Creo que soñé, y al despertar me pareció recordar vagas imágenes tiernas y turbadoras, pero que enseguida se perdieron en el olvido con la vigilia.

CAPITULO IV

Me despertaron unos golpes no muy fuertes en la puerta. Debían de llevar sonando bastante rato, pues en el duermevela de antes de despertar me pareció oírlos durante mucho tiempo, más del real, seguramente. Me extrañaba que algún soldado tuviese la delicadeza y la constancia de llamar con esa suavidad e insistencia a mi puerta, pero no quise hacer averiguaciones y grité adormilado que ya me estaba levantando. Entonces adiviné, por la luz que entraba por la ventana, que no era precisamente la hora del toque de diana, que me había dormido y que los golpes en la puerta no los daba ningún subordinado, el cual seguramente ya habría intentado despertarme hacía horas. Me lancé a medio vestir hacia la puerta, y apareció en ella el capitán Gómez.

-Hoy no han podido despertarle al toque de diana -dijo desde la puerta, sin llegar a entrar en la habitación-, y no me extraña, pues la luz de su cuarto se apagó anoche muy tarde.

No quise averiguar por qué sabía él hasta cuando tuve la luz encendida; tan sólo murmuré una desganada disculpa por mi retraso y le di la carta del maestro. La tomó al tiempo que me indicaba el deseo del general por verme. Sin más palabras hizo el saludo militar y el ademán de irse, y yo cerré la puerta casi antes de que diese media vuelta. El portazo sonó en su cara más fuerte de lo que hubiese sido normal, pero no me importó la descortesía. Noté una energía que no era habitual en mi forma de ser, siempre apocado y buscando medrar a costa de la propia sumisión.

Sin apenas tardanza me presenté en la antesala del despacho del general Serna, donde tuve que esperar casi una hora antes de ser recibido. No pude evitar sentirme

nervioso, pues una cosa era plantar cara el capitán Gómez y otra al general. Cuando por fin me hicieron pasar ante su presencia, me recibió con una amplia sonrisa, cosa que tranquilizó mis nervios como la caricia de un padre, y sentí vergüenza ante mi cobardía y docilidad, pero procuré guardar bien dentro de mí tales sentimientos punzantes.

-Pase, pase, alférez -dijo mi superior-. Espero que haya dormido bien. Ustedes los jóvenes descuidan cosas que son importantes, y a veces hay que disculparlos. Pero sólo una vez.

No me costó ni un segundo entender el aviso que me dirigía. Le aseguré que sería la última vez que no acudía al toque de diana, y él hizo un gesto como quitando importancia a aquello y deseando pasar a otros asuntos. Ordenó que tomase asiento, y me dispuse en silencio a escuchar pacientemente, como ya había tomado por costumbre.

-Le he mandado llamar -comenzó diciendo- para recomendarle celeridad en la misión que le he impuesto, pero acabo de informarme de que tan sólo le falta una carta por escribir. Eso está bien. Espero que hoy pueda terminar con el último de sus resucitados y demos por terminado este extraño asunto. Después será cosa de otros el tratar con los asesinos de las montañas.

Le contesté que esperaba terminar el trabajo con el cuarto y último guerrillero ese mismo día. No pensaba que me supondría ninguna dificultad. Lo cierto es que no tenía intención de esforzarme mucho. Con los tres primeros ya había tenido bastantes quebraderos de conciencia, así que con el cuarto pretendía relajarme y dormir tranquilo. ¡No sabía cuán equivocado estaba! Pero de momento seguía escuchando a mi general sin adivinar todo el vuelco que mi vida daría. El general me contaba algo de una fiesta.

-En el pueblo vecino de Catarbo -decía-, y ese es el motivo por el que deseo que acabe su actual encomienda, se celebra mañana mismo la anual fiesta de la Virgen de Cartabo,

donde iglesia y ejército nos unimos para dar al pueblo, con esa unión tan clásica como antinatural, un día de circo y engaños.

No pude, o no quise, pues para mi sorpresa ya he dicho que me estaba volviendo menos sumiso, dejar de expresar mi desacuerdo. Así manifesté, como quien recita una lección bien aprendida, que el ejército protege al pueblo y la religión le ayuda en sus calamidades y le da esperanza futura. El general me miró con sus ojos pequeños y directos, su boca se torció en una leve sonrisa irónica y guardó un silencio sorprendentemente largo para lo que en él era habitual. No resistí ese tiempo de sigilo ni su mirada, y sin necesidad de que me replicase, yo mismo me desdije con el argumento contrario a la anterior exposición.

-Bien -comencé diciendo-, sí, ya sé que el ejército puede servir a intereses que no son los del pueblo y que la religión puede disimular el dolor, no remediarlo, y que…

Entonces me interrumpió él, sonriendo divertido.

-No malinterprete mi silencio, alférez, ni me lance proclamas revolucionarias. Dejemos la cosa en que el pueblo necesita un poco de circo, y eso es todo.

Después, ya serio, me explicó que el día de mañana acudiríamos juntos, con algunos mandos y algo de tropa, al desfile militar en las calles del pueblo, en el que por cierto vivían casi todos los trabajadores de La Raza y también la mayoría de los oficiales del cuartel. Asistiríamos a la celebración de una misa, participaríamos en los actos festivos con las autoridades civiles y volveríamos al cuartel tras cumplir con las obligaciones circenses de todos los años, tal cómo él las interpretaba. Simplemente contesté que estaba dispuesto para lo que se me ordenase, y que con respecto a la carta que me faltaba por elaborar, pronto, quizás esa misma mañana, estaría terminada. Me fui del despacho de mi superior con el convencimiento de que pronto todo este asunto de *los resucitados* sería un extraño recuerdo, ni malo ni bueno, tan sólo algo que habría

de ser olvidado para evitar pesadillas. Después tendría que integrarme en el diario acontecer de este cuartel carcelario en medio de ninguna parte, con sus ordenanzas militares por encima de mis obligaciones religiosas, con una extraña amalgama de personas ajenas a mí, tan distintas que parecían de otra especie. Unos eran funcionarios de prisiones militarizados y otros militares como yo, pero eso era todo lo que tenían en común conmigo. Me sentía sólo y ajeno. La felicidad, por supuesto, debía de estar muy lejos de allí, y no tenía esperanza alguna de encontrarla jamás. Llegué con tales pensamientos a mi despacho, dispuesto a enfrentarme al último reto con los guerrilleros muertos. Supuse nuevamente que lo despacharía pronto, y me senté ante la mesa y frente a la última de las cajas que contenía las cartas y pocas pertenencias del llamado en vida Zenón Urdiales.

En el trayecto desde las dependencias del general hasta las mías, atravesando los retorcidos pasillos de La Raza, sus puertas a estancias vacías, que daban a otros pasillos, que finalmente conducían a salas con más puertas, tras las que se hallaban nuevas galerías y finalmente el habitáculo que se buscaba, en ese tortuoso paseo, digo, fui pensando repetidamente en que mi vida habría de adaptarse a la existencia oscura y reglamentada del cuartel, bajo el control de mis superiores. Mi existencia sería un rutinario ir y venir dentro de aquellos muros. Pensé, no sin cierta tristeza, que el capítulo de las fantasmales cartas estaba a punto de cerrarse, pues la última, tal y como había prometido al general, tenía intención de escribirla deprisa y sin prestarle gran atención ni interés. ¡Qué equivocado estaba en todo! ¡Cuánto habría aún de acontecer!

Abrí con desinterés la caja de Zenón, mientras recordaba que había sido un próspero campesino, que sin motivo, más que la locura, lo había dejado todo y se había unido a la guerrilla.

En el inevitable informe militar se decía que el hacendado Zenón Urdiales, casado sin hijos, había formado una especia de comunidad o cooperativa con sus vecinos, siendo él jefe o administrador de la misma, de tal forma que los beneficios de todos se repartían para que compensasen a los más desfavorecidos o que peores cosechas habían tenido, de esa manera nadie empobrecía ni nadie se enriquecía demasiado. Estás ideas, consideradas en el informe policial como contrarias al uso correcto de la propiedad, pero poco dañinas por no buscar su extensión a otras tierras, me hicieron pensar en Zenón como un iluso soñador, con indudable don de gentes y lider natural. Era evidente que su sueño colectivista no sería bien mirado por las autoridades, pero fue consentido mientras no traspasase ciertos límites. En mi opinión ese tipo de iniciativas, más románticas que prácticas, no duran más allá de lo que la ambición humana resiste oculta en la guarida del deseo de riqueza y poder. ¡Bien sabía yo de ambas! Por lo demás, el dossier militar acababa hablando de que Zenón Urdiales abandonó sus propiedades, dejó a vecinos y a familia para irse a luchar con la guerrilla, y que fue hecho preso por el general Serna.

Pocas dudas tenía yo de la personalidad del tal Zenón. Había conocido a hombres así incluso en el sacerdocio. Seres fundamentalmente buenos y un poco locos, que buscan su propio sacrificio si es necesario con la ilusa idea de hacer buenos a los demás. El triste fin de Zenón eran tan natural, en mi opinión, como sin dudarlo habría sido el de su colectivo de campesinos buenos y repartidores de beneficios. Sonreí al imaginar que hallaría en sus cartas la confirmación de mis certezas. Sin más tardanza comencé a leer las de él, dejando las recibidas para después.

Todas las cartas escritas por el difundo soñador eran para su esposa, Andrea, y las primeras eran hermosas, ciertamente, pues tenía buen estilo epistolar. En esas cartas del principio de su reclusión intentaba consolar a la esposa, y le daba ánimos para seguir

al frente de la hacienda y de esa sociedad cooperativista, que ahora, en su ausencia, ella parecía dirigir. En ese punto comencé a sentir curiosidad por la mujer, pero seguí concentrado en la figura del esposo. Zenón le daba frecuentes consejos de cómo hacer las gestiones oportunas para la buena marcha de la cooperativa, lo que indicaba que ella le planteaba en sus cartas problemas cada vez mayores. Supuse que después la lectura de esas misivas de la mujer confirmarían mis sospechas de que todo el sueño del hombre se fue al garete. Sentí en ese instante pena por ella, que se sentiría culpable por el desgajo del colectivo de campesinos, cuando, en mi opinión, lo mismo hubiese sucedido con Zenón al frente, pues ya dije que el monstruo oculto en el ser humano poco puede estar reprimido por los sueños de un idílico soñador. Pero no sólo las cartas del hombre hablaban de negociosos, también de amor, de un amor tierno aunque no apasionado, pues siempre estaba supeditado a las "obligaciones" para con los demás, los "sometidos", que decía él. En cualquier caso, algunas frases de amor se quedaron en mi mente, no sé si con la disculpa de usarlas después al escribir o porque sencillamente me agradaban, cosa sorprendente, pues nunca había sido yo dado a las efusiones románticas ni a las lecturas en tal sentido. El amor era algo desconocido para mí, al menos íntimamente. Era algo que los demás usaban para el apareamiento y la procreación, para el placer momentáneo e incluso el engaño, pues con él parecían inventar una realidad distinta donde se creían felices. Tales eran mis pensamientos, y así lo habían sido siempre.

"Eres la luz de la luna que pasa a través de los barrotes. Miro esa luminosidad brillar en el sudor de mi brazo y pienso que es una caricia tuya. Así me duermo, observando mi brazo acariciado por ti y por la luna". Es cierto que la frase parece la de un adolescente, pero, como todos los soñadores, supuse que Zenón no habría madurado mucho en los treinta y pocos años que tenía en la hora de su muerte.

En las cartas últimas, ya el estilo cambiaba. Adiviné que la mujer le contaba del desastre de la unión de campesinos y él ya no sabía (o no tenía fuerzas) para dar más consejos. Las frases de Zenón eran cortas y sin fuerza: "Ya déjalos. Mira tú de vivir". Y de la última de las cartas se quedó prendida en mi memoria la siguiente frase, que era un resumen de la derrota del hombre y también de su inquebrantable amor: "Ahora que todo se pierde, que todos se vuelven lobos, sólo tú eres mi bandera". Quizás demasiado tarde había comprendido la inutilidad de su sueño, al que había sacrificado su vida y a su amada esposa.

Tras acabar con las cartas del difunto, y llegar a la conclusión de que su estilo era fácil de imitar, busqué en la caja de cartón que contenía sus pertenencias algo que pudiera interesarme, aunque no creía necesitar más ayuda. Saqué primero la copia de las cartas recibidas, pulcramente ordenadas, y las coloqué sobre la mesa para leerlas enseguida, después cogí el paquete de las originales, atadas con una pequeña cuerda, y muy manoseadas, todas aún metidas en sus sobres abiertos por las siniestras manos del capitán Gómez antes de ser entregadas; a continuación descubrí mecheros, cajetillas de pitillos medio vacías, unos guantes y una foto no más grande que las cajas de tabaco, enmarcada de forma rústica, y que supuse sería la imagen de la esposa, de Andrea. Me quedé más tiempo de lo que sería normal mirándola. Cuando levanté la vista de ella, yo mismo me sorprendí por la larga atención que había prestado a aquel rostro, bello sin duda, de la mujer de Zenón. Por supuesto, bien sabía que el título correcto sería el de viuda de Zenón, pero mi mente no era capaz, a no ser que mi voluntad la doblegase, de pensar en ninguno de los cuatro muertos como tales. No me preocupaba este hecho, pues suponía que la necesidad de compenetrarme con ellos para suplantarlos, hacía que los imaginase inconscientemente como todavía vivos. Quizás mi perspicacia, grande para otras cosas y en otras ocasiones, debió de advertirme de que esa influencia de los

difuntos, esa compenetración con ellos, hacía que mi propio ser cambiase, y no sólo por el hecho de no poder suponerlos fallecidos, sino por participar de sus vidas hasta el punto de unirlas a la mía. Pero, en aquel momento, esto permanecía oculto en la parte más profunda de mi ser.

Tomé con cierta avidez la copia militar de las cartas de la esposa, y comencé a leerlas con la fotografía de ella delante de mí. No sé exactamente qué esperaba hallar, pero lo que fuese no lo encontré, por eso me sorprendió tanto su lectura. Quizás suponía que iba a leer las cartas de una mujer dolorida y triste, que hablaría de la soledad y las desgracias económicas, de los desengaños de la vida y los infortunios por los que ambos atravesaban, que contaría de forma lastimera sus angustias y sufrimientos. Lo cierto es que todo eso estaba en las cartas, pero no con la contundencia o de la forma que yo esperaba, sino como fondo, como decorado, sin tener un realce que lo hiciese fundamental en el texto. Las cartas de la mujer, en fin, hablaban de amor, de amor en espera, pero de amor alegre; hablaban también de infortunios económicos, pero sin el dramatismo de la ruina acechante. Eran cartas simpáticas, abiertas al mundo de la ilusión y al mañana bueno e inminente. Decía, en una de ellas: "Nuestros vecinos ya no comparten su excedente con nadie, pero la cosecha de todos ha sido bastante buena, así que casi nadie padece privación. Yo sólo he vendido unos pocos animales, y me alcanza el dinero para los nuevos sacos de grano". Lógicamente, tras frases tan optimistas se leía la insolidaridad de los vecinos y las dificultades para comprar grano, pero ella lo trasformaba todo en buenos sucesos; tan sólo la amenaza se dejaba adivinar en ese "casi" oculto y desapercibido. Así en todas las cartas. Otro ejemplo: "Se nos han ido dos de los braceros, pues encontraron un mejor jornal en la hacienda de Nicolás. Ha sido una suerte para ellos y su familia. Ahora aquí tenemos un poco más de trabajo, pero el sol sale temprano en esta época y madrugamos también más, por lo que al final del día

podemos con todo". No podía evitar, al leer esto, mirar la foto de la mujer e imaginarla trabajando de sol a sol para compensar la ausencia de peones que la ayudasen. Pero lo más importante en las cartas de Andrea era el amor que rebosaban. Un amor alegre, como dije antes. Escribía: "¡Dios mío, Zenón, he vuelto a soñar contigo, y ha sido maravilloso! Estábamos en la pradera norte, o algo que se le parecía, y nos abrazábamos con mucha fuerza, pero no sentía daño, sino placer, y notaba tu virilidad pegada a mí con una intensidad que superaba la fragilidad que le suponemos a un sueño. Ya sé que no quieres que te cuente estas cosas en las cartas, que dices que las leen antes otros, pero me gusta hablarte de ello, lo sabes. Es como cuando en la calle nos besábamos, también allí miraban desde las ventanas".

No niego que leí con afán todas las cartas de Andrea; con avidez y algo más, algo que no quise reconocer al principio, pero que era una mezcla de sentimiento morboso y romántico. Extraña unión, bien lo sé, pero al leer aquellos cantos de amor, no podía evitar el padecer esa ansiedad que siempre he despreciado, aunque resulta inevitable y hasta grata en ocasiones, al tiempo que sentía una corriente de cariño y afecto por la mujer aquella. Mientras leía, desviaba de cuando en cuando la vista hacia su fotografía, y este proceso, que era impremeditado, lograba el efecto de que me pareciese que era Andrea, desde la foto, quien hablaba, que era ella misma, con su boca, su voz, la que estaba contando aquellas cosas, y no leyéndolas yo mismo.

No sólo *devoré* de un tirón todas las cartas, sino que releí muchas de ellas; y varios párrafos de algunas llegué a memorizarlos de tanto posar mis ojos en ellos. Como dije, notaba un placer poco frecuente en mí al imaginar a la mujer de la fotografía narrando sus deseos. El hecho de que fuesen dirigidos a otro hombre no hacía más que aumentar mi ansia morbosa y alimentar mi imaginación. Me sentía como un mirón en un instante, pero al minuto siguiente creía ser el mismo Zenón, y un segundo después

era a mí, a Diego, a quién ella decía: "Sola en la cama, en estas noches tan cálidas, cierro los ojos, y antes de dormir te abrazo, aunque sea mi cuerpo lo que toco. Te acaricio lentamente, y noto que a ambos nos alcanza el frenesí del más intenso placer". La fantasía me sumergió en un mundo del que siempre me había alejado. Desde que aprendí las funciones sexuales del cuerpo, he sentido por ellas una indiferencia que en ocasiones se transformó en repugnancia; es por ello que me mantuve siempre alejado de tales experiencias, a lo cual mi profesión ayudó, indudablemente. Pero en aquel instante, con la lectura de las palabras de Andrea, no padecía repugnancia alguna, más bien al contrario, un placer desconocido me procuraba un estado sumamente grato, que no había disfrutado nunca antes.

La luz de la ventana, tan intensa y espesa, amarilla, pero con imaginarios rayos verdes de esta selva que lo abarca todo, me indicó que el medio día hacía tiempo que había pasado y la hora de comer también. Lejos de mi ánimo el ingerir alimentos, y como tenía la disculpa del trabajo urgente, supuse que el general Serna daría por buena mi ausencia en el comedor. Este día aún no se había explayado conmigo el general, aunque había tenido ocasión para ello, con sus monólogos de interpretación dudosa, y al no asistir al almuerzo consideré que me libraría durante unas horas más de su verborrea.

Tomé abundante agua, y así llené el estómago, que durante un tiempo no crearía en mí esa urgencia animal por el alimento diario. Seguí releyendo las cartas de ella y algunas de Zenón para tener una visión lo más amplia y exacta posible de la vida y la relación de aquellos dos seres, pero indudablemente quien más me interesaba ahora era Andrea y no el difunto a quien yo habría de sustituir. Finalmente, con los ojos doloridos, dejé la lectura y descansé en la imagen que de la mujer tenía frente a mí, en la fotografía. Era joven y bella, de labios gruesos que sonreían sin esfuerzo. Jamás he sido buen catalogador de la belleza femenina, pero el rostro de aquella mujer, junto con el

recuerdo de sus palabras escritas, hacía surgir en mí un sentimiento que, por lo novedoso, me asustaba y me atraía al mismo tiempo. Comencé a escribir su carta de improviso. Estaba contemplando su rostro, como dije, y de pronto me lancé sobre el bolígrafo y agarré un papel en blanco y comencé a escribir con un frenesí inexplicable.

La luz que entraba por la ventana fue cambiando la dirección, y el tono se volvió rojizo y aún mas denso, con esa sensación de volumen que no encontré en ningún otro sitio más que en este puzzle de árboles interminables; aunque quizás eran mis ojos, que así lo veían. Esa luminosidad indicaba el paso del tiempo, pero mi urgencia no estaba en terminar el mandato del general Serna, sino en depositar sobre el papel, hoja tras hoja, todos los pensamientos y sentimientos que en mí habían surgido durante las últimas horas. Yo hablaba por Zenón, pero no estaba seguro cuando escribía un pensamiento mio o cuando era sugerido por la comprensión que tenía del hombre que había amado a Andrea. Escribía afiebrado, con un ansia desmedida, que me hacía golpear las hojas en blanco mientras depositaba en ellas garabatos casi ininteligibles, a pesar de haberme vanagloriado siempre de mi letra clara y bella. Escribía con tal rapidez que parecía como si mi mano intentase seguir unos pensamientos desbocados y tan ajenos a mí, a lo que había sido yo hasta unas horas antes, que la deformidad de la letra no era sino la representación gráfica de mi estado anímico. Escribí: "Esa tierra que perdemos, ese sueño del terruño compartido que se rompe y agrieta como cuando el tiempo de sequía, que se hace polvo y se vuelve duro y estéril, esa tierra soy yo, amada Andrea; soy yo caído y postrado, depositado en este páramo yermo que me mustia. Y tú eres la lluvia que trae la vida, la que florece en la roca o la arena, incluso en este lugar de sombras y humillaciones. Tus palabras, que a mi pesar he de compartir con ojos que las profanan, son mi alimento y son las gotas de agua que mantienen el sueño que una vez fue mi vida".

No podía ser ajeno a la tristeza y la desesperación que una vez tuvo que soportar Zenón, encerrado y separado de la libertad, de la tierra, del iluso sueño, de la quimera solidaria entre los hombres y de su mujer Andrea. Así seguí escribiendo: "Ya casi no creo en nada, amada esposa, ni en la tierra ni los hombres que la horadan, la sufren y la trabajan. Ya sólo creo en tus palabras y en ti, que eres la única tierra que poseo, pero porque tú me la regalas, no porque seas mía. Ya solo tengo para las noches tan largas el pensamiento, la imaginación de ti soñando también conmigo, y así ambos sueños han de juntarse en algún lugar de esta noche que nos une en los abrazos solitarios, en las caricias abandonadas a nuestro propio cuerpo, en el placer compartido con la imagen soñada".

Cuando di por terminado aquel desahogo escrito ya era media tarde, y me encontraba extenuado mentalmente, aunque lo que más asombroso era algo tan infrecuente en mí como la excitación sexual. Sólo se me ocurrió ir rápido a mi habitación y ducharme con agua fría en el pequeño baño anexo. Al salir al pasillo para dirigirme al despacho nuevamente, aún trastornado por la experiencia pasada, me tope con el capitán Gómez.

-Le andaba buscando, ¿dónde se esconde? -me dijo, como si yo fuese un prófugo, y lo cierto es que tenía esa sensación en aquel momento.

-Ya terminé la última carta -contesté-. Vamos a mi despacho a recogerla.

Guardamos silencio hasta que llegamos a mi mesa y cogí las hojas escritas para Andrea. Al capitán le dije que mejor le dictaba yo, pues la letra podía ser algo ilegible. Él nada contestó, pero noté su expresión de extrañeza, ya que conocía mi letra clara. También noté que no dejó de percibir la anormal cantidad de hojas que yo tenía en la mano. Siguió en silencio, esperando, mientras yo me apresuraba a recoger las pertenencias del difundo Zenón, y las volvía a poner en la caja de cartón. Todas menos

la fotografía de la mujer, que dejé olvidada adrede, más bien oculta tras unos libros míos, que hicieron de muro para los ojos de Gómez.

-¿Nos vamos? -dije con prisa cuando acabé todo el trabajo y guardé, por fin, las hojas de la carta en un bolsillo.

-Después enviaré a recoger las cajas de los muertos- comentó él mientras salíamos, refiriéndose, por supuesto, a los envases de cartón con las cosas que habían pertenecido a los guerrilleros.

Durante el trayecto entre mi despacho y las dependencias del Departamento de *Escuchas*, que hicimos nuevamente en silencio, yo iba pensando en que me resultaría imposible dar a conocer a aquel hombre lo que yo había escrito para Andrea. No podía mostrar al capitán Gómez esa parte de mi alma que acababa de descubrir hacía tan poco tiempo. Era algo íntimo y personal, algo que sin poder evitarlo me avergonzaba y alegraba a un tiempo, fuera de toda lógica y razón. Cada paso que me acercaba al lugar del dictado para la composición final de la carta a Andrea, me convencía más de que mi voz no podría leer aquello para los oídos de un hombre al que despreciaba.

No había decidido aún qué camino seguir con respecto a la carta, cuando Gómez, al tiempo que entrábamos en su despacho, hizo el comentario que acabó por decidirme:

-Caliente como yegua en celo la moza esa, la tal Andrea, ¿no cree?

Nada contesté. Apreté con fuerza el puño con el que dentro del bolsillo agarraba las hojas, y contuve una ira intensa, que era un sentimiento también nuevo para mí, el cual reprimí más por lo novedoso que me resultaba que por precaución ante un superior.

Cuando tomamos asiento, él ante la máquina de escribir y yo enfrente para dictar, ya se me había ocurrido qué hacer. Saqué con cuidado una sola hoja de mi bolsillo, sin importar cual, y comencé a improvisar una carta muy distinta a lo

verdaderamente escrito. Inventé la nueva misiva intentando no pensar en Andrea, sino en una mujer cualquiera, desconocida y lejana, con problemas económicos y con las tristezas que se le suponen por la prisión del marido. Resultó una carta distante, algo fría, con pocos aciertos en la imitación del estilo de Zenón, que era más franco y expresivo. La carta también quedó corta, cosa que no pasó desapercibida para el capitán.

-¿Eso es todo? -me preguntó, cuando di por terminado el supuesto dictado, al tiempo que desviaba su vista hacia el bolsillo donde me había visto guardar las hojas de la carta verdadera.

-Eso es todo -le confirme. Y salí sin despedirme, dejándole, supuse, con la mirada de serpiente clavada en mi nuca.

Había dado término, por fin, a la orden del general Serna, y esa sensación del trabajo acabado no me producía el vació placentero de las cosas hechas, más bien al contrario, me notaba lleno, pletórico de algo nuevo en mi interior que me intranquilizaba y provocaba una ansiedad que no era dolorosa, sino vitalista y llena de energía. Al salir del Departamento de *Escuchas* fue cuando ese sentimiento íntimo comenzó a prender en mi, y no supe hacer más que andar por los interminables pasillos de La Raza mientras pensaba en mi mismo y en mi vida. No llegaba a conclusión alguna, tan sólo me estaba dando cuenta de que ya no era exactamente el mismo de antes, de unos días atrás.

Anduve por los interminables pasillos, que daban a puertas tras las que había salas vacías unas, otras con unas mesas y un soldado de actividad inconcreta, otras que topaban con nuevos pasillos o nuevas salas de utilidad desconocida para mí, y en apariencia inútiles. Por fin, en mi recorrido llegué ante una puerta de apariencia robusta, que estaba cerrada, como puede comprobar al tantearla. Me extrañó, pues en esa zona

del Cuartel siempre había encontrado expeditos todos los accesos. Volví a empujar la puerta por ver si estaba simplemente trabada, pero no cedió, y fue entonces cuando , a mis espaldas, la voz del general.

-Esa no se abre, alférez. Las que dan al exterior, nunca están abiertas.

Me giré asustado, como niño pillado en falta por un padre o un maestro, pero, para mi sorpresa, pronto me sobrepuse y planté cara a mi superior.

-¿No debería tener llaves para moverme con libertad?

-Sólo yo -contestó el general- dispongo de todas las llaves; los demás tienen las que les corresponden. Usted las de la capilla, lugar donde debiera de estar.

Hacia tal sitio iniciamos juntos el camino, mientras él me hablaba, en un principio, de cómo sería la celebración del día siguiente en el pueblo de Catarbo. Después pasó a felicitarme por la conclusión de mi trabajo como impostor, pues justo antes de tropezarse casualmente conmigo, ya el capitán Gómez le había informado de la última de las cartas.

-Breve y concisa -comentó-, pero suficiente. Saldrá ahora mismo en el correo, y con eso acaba su labor y la mía en tal asunto. Ahora todo queda en manos de la Comandancia Militar de las Montañas, que espero atrapen a los terroristas y liberen a mi buen amigo. Por cierto, que suceso semejante jamás podría ocurrir en mi selva, señor cura. En mi territorio cada uno sabe su destino, y eso hace de este lugar, y no me refiero sólo al cuartel de La Raza, un lugar perfecto.

No entendía bien a mi superior, pero consideré inútil preguntar, pues sin duda él seguiría explicándomelo fuese tal mi interés o no.

-Este mundo de La Raza -siguió diciendo- es perfecto en sí mismo. Cada uno tiene acceso a su porción, abre las puertas que le corresponden y puede pedir permiso para acceder a través de otras. Además, la selva que nos rodea es también parte integrante de

este lugar amurallado. Existen normas para el cuartel y para la selva, de esa manera, si todos las respetamos, se evitan conflictos y se alcanza esa perfección de la que hablaba. La selva tiene sus *puertas*, sus pasos restringidos a unos y expeditos a otros. Yo soy el único que tiene libre acceso a todos, yo paso por todas las puertas.

-¿Las de la selva también, mi general? -pregunté.

-También esas, Alférez, también las inseguras e inquietantes puertas del inmenso exterior que ve ahí afuera me pertenecen.

-Pero es zona de guerrilleros.

-¿Sabe qué había tras la puerta que antes encontró cerrada? -preguntó, ignorando mi anterior comentario, y él mismo se respondió - Tras ella hay un patio exterior, y en uno de sus laterales, un almacén cerrado y custodiado por guardias. Como ve, una puerta tras otra. Abrir una, no significa más que enfrentarse a otra. Y si finalmente saliese del recinto militar y alcanzase la selva, ya habrá comprendido que nuevas puertas le saldrían al paso.

-No era mi intención ir a ningún sitio, tan sólo curioseaba, como ya le dije, mi general.

-No me refería a usted, concretamente, en mi divagación, pero me gusta que vaya comprendiendo cómo es el mundo donde ahora vive, alférez.

A pesar de notar en mí una nueva fuerza interior, de la que antes carecía, el general seguía intimidándome; aun así tuve fuerzas para intentar descubrir algo sobre su relación con los hombres a los que yo había suplantado, aunque bien sabía que los giros en la conversación los daba él y no sus interlocutores, pero deseaba dar luz a una de las partes más oscuras que los unía a todos.

-Me gustaría que me hablase de esos cuatro guerrilleros muertos, mi general; y es que todos tienen en común el haber sido apresados por usted. Es como si por una razón que se me escapa, usted, mi general, hubiese ido a por ellos directamente en las incursiones

a la selva que provocaron su captura. Además, casi todos, en las cartas, parecen insinuar extrañas circunstancias que motivaron su apresamiento, o al menos así creo entenderlo.

El general Serna se mantuvo en silencio mientras seguíamos andando por los pasillos interminables. Yo nada más dije, y así llegamos ante la puerta de la capilla, donde nos detuvimos. Entonces, él comentó:

-Vaya preparando el horario de las misas; después de mañana será cuando comience su actividad habitual.

Tras indicarme tal cosa, inició la marcha dejándome solo, pero a los pocos pasos se detuvo y se giró, para decirme:

-Esos cuatro que usted ha resucitado atravesaron una de las puertas prohibidas. No supieron el lugar que les correspondía, y eso en mi mundo es un pecado mortal, señor cura.

Finalmente se alejó con su paso enérgico, siempre decidido, y yo me introduje en la capilla con la idea en la cabeza de que, aunque bien clara era la puerta que a mí me correspondía, y que precisamente era la que acababa de traspasar en ese instante, no podía evitar el padecer la tentación de descubrir otras nuevas, precisamente las que habían llevado a la muerte a aquellos seres que ahora notaba como parte integrante de mi ser.

CAPÍTULO V

Llegamos temprano al pueblo en fiestas de Catarbo. Habíamos salido de La Raza tras el desayuno, y el viaje me pareció más corto que el inverso hecho unos días atrás, quizás porque de día circulamos más rápido o por esa sensación de que el camino conocido es más corto. La columna militar estaba compuesta por un coche, en el que

íbamos el general y yo, y cuatro camiones con la tropa y los oficiales que después desfilarían por las calles del pueblo. Pasamos junto al local dónde había cenado con los periodistas, y me sorprendió lo lejos que me parecía un día tan cercano. El convoy atravesó algunas calles del pueblo adornado con banderas, guirnaldas y carteles que hacían alusión a la festividad de la Virgen de Catarbo y también otros que gloriaban a la patria y al ejército.

Aunque el general iba a mi lado con su sempiterna verborrea, ya hablándome de la inmensidad de la selva, ya de la grandiosidad de La Raza, yo, de quien no se esperaba que participase más que como oyente, pude concentrar mi atención en las calles, en ese momento casi desiertas. Vi que los edificios, salvo las chabolas de la periferia, eran modernos o estaban bien rehabilitados; supuse por ello que era un pueblo próspero, aunque no creía que la agricultura o la tala de árboles, actividades usuales es las zonas de la selva, diesen riqueza semejante, por lo que imaginé que otro tipo de industria haría prosperar aquel lugar.

Nos detuvimos frente al edificio del representante político del pueblo, y a partir de ese momento yo fui con el grupo de sacerdotes, uno de los cuales ya me esperaba y me llevó a la que llamaban catedral de Catarbo, aunque mejor era nombrarla por iglesia grande y de reciente construcción, con hermosas vidrieras e imágenes sagradas de formas escultóricas sorprendentemente modernas. El conjunto era frío y en total desacuerdo con el entorno selvático, aunque comenzaba a parecerse a los nuevos edificios que había visto en el próspero pueblo. Los tres sacerdotes con los que me encontré, y que me explicaron los pasos a seguir en ese día, me hablaron también de la generosidad de aquel pueblo para con la Iglesia. Sí, había una sorprendente riqueza en aquella región, pero si hacía unos días aquello no sólo me hubiese alegrado, sino que me habría puesto como loco buscando la forma de beneficiarme de ello, ahora, para mi

gran desconcierto, no hacía más que generarme interrogantes sobre cuál podría ser el origen de tal prosperidad. Era como si en lugar de pensar en mí, cosa que desde niño siempre había hecho, la mente intentase reflexionar sobre la injusta vida llevada por los cuatro guerrilleros muertos y esta fortuna que rodaba por las calles del pueblo, al lado de una inhóspita selva y en medio de un país fundamentalmente pobre.

Las distintas ceremonias en las que participé, duraron toda la mañana. Primero ayudé a los otros sacerdotes a celebrar una multitudinaria misa, después asistí, desde una improvisada tribuna, junto con los próceres políticos, al desfile militar. Finalmente, ya en la entrada de la tarde, los mandos militares, los jerarcas del pueblo y los sacerdotes nos reunimos en un elegante comedor para degustar gran cantidad de platos, de los que apenas probé bocado, muy al contrario que mis compañeros religiosos, lo que motivó un curioso comentario del general:

-Mi cura apenas come, casi ni duerme y habla poco, además es obediente y eficaz. Los ángeles de mi reino han de ser así.

Todos rieron el extraño comentario, pero yo no, pues ya hacía tiempo que había comprendido que el "reino" del general Serna era el Averno, donde él era Belcebú y quienes le seguíamos no éramos más que ángeles caídos. Yo mismo me sorprendí de tales pensamientos, de influencia tan cristiana; y aún me extrañó más la ira que me embargó, aunque, por mi sempiterna prudencia cobarde, pude reprimir el expresar desacuerdo, y no manifesté el desagrado que me producía pertenecer a su legión de almas impuras. En cualquier caso, era un cambio enorme en mí el hecho de no sólo evitar sonreír ante el halago de un superior, sino sentirme mal por una deferencia que podía reportarme beneficios. Yo estaba cambiando, aunque aún no sabía en qué sentido.

Por la tarde, tras la larga comida, todos se fueron retirando. El general y otros oficiales salieron juntos del comedor entre risas y voces de escaso sentido, provocadas por el abundante alcohol que habían ingerido. Yo fui invitado por los otros tres sacerdotes a reposar la tarde en su compañía.

Cuando íbamos por la calle, caminando justo frente a la llamada catedral de Cartabo, camino de la casa que servía de residencia a los sacerdotes que me acompañaban, de pronto una mujer se asió a la manga de mi sotana y murmuró algo que no entendí bien. La mujer llevaba una pañoleta cubriendo su pelo y parte del rostro, y se encorvaba humildemente ante mí, por lo que apenas podía distinguir tan siquiera si era joven o vieja, mucho menos sus facciones precisas. Tras la primera sorpresa, y viendo que la mujer no soltaba su mano de mi brazo, le pregunté qué deseaba, y entonces repitió lo que antes no había yo entendido:

-¡Confesión, padre!

Los curas que me acompañaban parecían tan sorprendidos como yo, pero uno de ellos reaccionó antes que todos.

-Hija, en tres horas se abre el turno de confesiones.

Pero ella no sólo insistía en sujetarme de la manga, sino que daba leves tirones, como si su ansiedad la hiciese pretender arrastrarme a un confesionario dentro de la iglesia. Miré tanto con desesperación como con desconcierto a mis compañeros, y otro de ellos salió en mi ayuda:

-Mujer, espera dentro si lo deseas.

A continuación, el tercer sacerdote, señalándome, añadió a lo dicho por los otros:

-Este es un invitado, pero uno de nosotros te podrá atender dentro de poco tiempo.

Ella, sin soltarme, volvió a repetir:

-¡Confesión, padre!

No hallé más solución que acatar el deseo de la mujer, así que, tras indicarme mis compañeros curas dónde encontrar el primer confesionario dentro de la iglesia, y dónde, más tarde, dar con la residencia de sacerdotes, me dirigí, seguido por tan misteriosa mujer, al interior del templo. No intercambiamos una sola palabra durante el trayecto, y ella mantuvo su actitud humilde y recatada, andando un paso tras de mí con la cabeza gacha hasta que llegamos al confesionario; me introduje en él, donde hallé la estola que coloqué sobre mí, y ella se arrodilló junto a la rejilla de entrelazadas tablillas. Fue nada más decir las fórmulas de rigor que ella comenzó a hablar ante mi más absoluto asombro, que me mantuvo mudo y atento, pendiente de aquella voz:

-Padre -comenzó diciendo-, durante las celebraciones de por la mañana me informaron de que usted es el sacerdote de la prisión de la selva, por eso me urgía tanto hablarle. Es nuevo, también me lo dijeron, pero sabrá de los guerrilleros que iban a ser fusilados y de los que después nos comunicaron su perdón, pero yo quiero oírlo de sus labios, padre; quiero que me asegure usted que están vivos, que no nos engañan. Nos anuncian que recibiremos cartas, pero no puedo esperar, quiero quitar esta ansiedad y este temor que me viene de muy hondo, padre. He hecho un viaje muy largo esperando verlo muerto, y ahora dicen que está vivo, pero no puedo quitarme de encima esta sensación de angustia y de frío.

Aunque ya lo sospechaba, quise asegurarme, y por eso, haciendo un esfuerzo enorme, pregunté:

-¿A cuál de los cuatro te refieres en concreto, mujer?

-A Zenón Urdiales, padre.

A través de la rejilla del confesionario apenas podía ver los rasgos del rostro de aquella mujer, a la cual había comenzado a amar de una forma tan pronta, extraña y

morbosa, que yo mismo me negaba a aceptarlo. Agudicé la vista, y no dudé en reconocer la misma cara de la foto que llevaba conmigo. Y mientras la observaba, nada decía. Ella esperaba mirando hacia la obscuridad del confesionario con los hermosos ojos muy abiertos, bellos a pesar del espanto que guardaban. Cuando ya el silencio, incapaz yo de romperlo, se hizo muy largo, ella insistió:

-Por favor, hábleme.

Me obligué a decir algo, aunque todavía no sabía qué. Carraspeé por ganar tiempo mientras intentaba el esfuerzo imposible de aclarar mis pensamientos, y por fin, me oí decir:

-¿Quieres la verdad?

Casi añado el nombre de Andrea al final, pero me contuve en el último instante, justo cuando comprendí que la propia pregunta era en sí misma la respuesta a los más negros presagios de ella.

De nuevo el silencio imperó entre los dos, y entonces la oí llorar muy quedo. Su rostro ya no miraba a través de las rejillas, estaba inclinado hacia el suelo, y su pelo, ahora suelto sin el pañuelo que lo cubría, caía hacia delante ocultándome el rictus de dolor y llanto que imaginé.

-Entonces está muerto -dijo en un susurro, sin fuerza en la voz.

No pude más. Perdí la prudencia que siempre me definió, el recato timorato que marcó mi vida hasta entonces, la parquedad que por años ató mi voz, el miedo que sujetó de continuo mi existencia. Hablé con pasión por primera vez, y fue como renacer, como entrar en un nuevo mundo donde no sólo yo era distinto, sino también todo lo que me rodeaba.

-Han muerto todos, Andrea; tu marido Zenón también. La carta, todas las cartas que se han enviado a sus familiares son falsas. Yo las he escrito por imposición de mis

superiores. Leí vuestra correspondencia, la de los otros y la tuya, y así conocí las historias particulares y vuestros nombres, e imité los sentimientos y las palabras. Mi crimen es horrendo, pero al menos ha servido para conocer emociones que me habían sido negadas o que yo mismo no me permitía. Ahora siento en mí la fuerza, el ansia, incluso el amor de ellos, de los muertos. Ya sé que nada de lo que te diga mitigará el dolor y hasta el odio que sientes, pero has de saber que estoy dispuesto a soportar la penitencia que quieras imponerme, pues ahora no soy yo, sino tú quien ha de absolverme de mis pecados. Estoy dispuesto a ayudarte, aunque no sé en qué o cómo. Quiero que me digas algo, que me ordenes lo que sea, que me insultes o golpees si quieres. Quiero que me indiques el camino, porque yo no sé qué hacer, quiero…

Y aquí no supe seguir hablando, pues realmente no atinaba con lo que de verdad quería, o no sabía expresar algo que aún era muy confuso en mi interior. Mientras hablaba había acercado mi cara hasta apretar la mejilla contra el ventanuco enrejado, así me encontraba casi pegado a la mujer, a unos escasos centímetros de su rostro, que ahora me miraba con ojos desmesuradamente abiertos y húmedos. Seguramente veía, a pesar de la obscuridad del confesionario, parte de mi cara deformada por el dolor, por las sombras y las rejas. Supuse que mi faz asemejaría la de un monstruo, tal y como ella habría de imaginarme sin necesidad de constatarlo con la realidad. Y entonces me habló.

-Su muerte -dijo, refiriéndose a su marido- era algo que ya había presentido con tanta fuerza que ahora ni me sorprende. El dolor ya me había comenzado días atrás, y ahora no es mayor ni me golpea de improviso. Y quiero que sepa que no culpo a nadie, tampoco a usted, señor cura. La vida, el tiempo y Dios son los que traen y llevan. Yo ni juzgo, ni culpo… y tampoco puedo perdonar, por tanto.

Vi que Andrea se ponía de pie y comenzaba a alejarse, entonces arrojé al suelo la estola y salí precipitadamente del confesionario. En pocos pasos la alcancé, sujetándola por un brazo. Con un ímpetu irracional que nunca creí poseer rogué a la mujer que me hablase, que me perdonase, que permitiese que yo la ayudara de cualquier manera. Las palabras salían rápidas y atropelladas de mi boca. Lo cierto es que no pensaba lo que estaba diciendo ni en el lugar en el que nos encontrábamos. Por suerte, nadie parecía estar en nuestra cercanía, aunque no podría asegurarlo, pues mi atención estaba puesta en Andrea. Ella, aunque sin haber perdido la expresión de dolor y sorpresa, mantenía mucha más calma que yo, y permanecía quieta y mirándome con una increíble tranquilidad, dadas las excepcionales circunstancias.

-¿Qué quiere de mí, realmente? -preguntó Andrea, cuando yo hice una pausa por fin.

-No lo sé -contesté, tras reflexionar un momento y hacerme yo mismo esa pregunta, pero seguí intentando explicar lo que sentía-. Quiero obtener el perdón por mi cobardía, y quiero vivir de forma sincera, y enfrentarme a la vida sintiendo que algo me empuja hacia el bien…

Quise seguir, pero yo mismo comprendí que hablaba como un poseso, y que todo aquello no tendría ningún significado para la mujer, a la que entonces supuse abrumada y confundida ante el delirio de un desconocido.

-Perdón -susurré, finalizando así mi perorata, avergonzado y soltando su brazo.

Fue ella, entonces, la que tocó el mio con una mano delicada, sin apretar, y me dijo:

-Ya debiera de estar prevenida y temer la traición, pues por la de sus propios compañeros murió mi marido, pero no quiero ser motivo de desconsuelo para nadie. Si quiere redimir su vida, y en ello cree que yo puedo ayudarle, estoy dispuesta. ¿Quiere

luchar contra sus jefes? ¿Realmente quiere sustituir a los hombres muertos en la guerra contra el general Serna?

Dije "sí" sin pensarlo, tal que saliese de lo más profundo de mi cerebro. Fue como si hubiese estado esperando esa propuesta para comprender que luchar contra el general era lo que de verdad deseaba. Significaba revelarme contra lo que me sometía a la condición de pobre infeliz, de humilde lacayo complacido y complaciente. Eso y la compañía de Andrea.

CAPÍTULO VI

Mi vida de nuevo iba a dar un vuelco tremendo. Era como si todo lo que yo había sido, todo lo que había aspirado a ser y lo que había imaginado como deseable, ahora perteneciesen a otro. Sentía un mareo en mi interior, y sin duda todas las decisiones que tomaba estaban influenciadas por esa vorágine de sentimientos nuevos. En pocos días había cambiado tanto que no era razonable pensar que el motivo habría de encontrase tan sólo en los acontecimientos más recientes. Algo debería de haber estado aguardando dentro de mí para manifestarse ahora, algo que yo nunca había sospechado y que no sé de dónde pudo provenir; quizás de aquella lejana niñez, que cambió mi tío con sus comidas, su pistola, sus consejos y directrices. No lo sé con certeza. Ya no estoy seguro de casi nada.

Andrea y yo permanecimos dentro de la iglesia mientras ella hablaba de la guerrilla y su lucha. Nos sentamos en uno de los bancos para no llamar mucho la atención, y rodeados de la amplitud silenciosa y en penumbra del lugar, ella me fue contando que algunos guerrilleros de las montañas comenzaban a infiltrarse en la selva,

en clara oposición a los supuestos camaradas de la zona, pues los grupos de civiles armados de tal lugar estaban todos compinchados con el general, incluso denunciaban y procuraban el apresamiento de los que no querían participar de esa complicidad. De tal forma cayeron los cuatro desgraciados guerrilleros recientemente fusilados.

Susurrábamos para evitar el eco de nuestras voces en el recinto de altos techos, y así musité una inocente pregunta:

-¿Pero en qué son cómplices los subversivos y el general Serna?

-El camino desde el interior del país hasta la costa -me explicó ella- puede hacerse a través de la selva, que está controlada por el ejército de *nuestro* general y por la guerrilla rebelde, y si ambos grupos se ponen de acuerdo, ese tránsito es fácil y seguro, y no será nunca supervisado por nadie más que por ellos.

-Sigo sin entender.

-Drogas -me aclaró-, y sus beneficios se los reparten entre todos en perfecto cambalache. Permiso de paso y custodia a cambio de la correspondiente comisión.

Todo se hizo claro para mí entonces. La entrevista que espié entre el guerrillero y el capitán Gómez, la riqueza de aquel pueblo, las insinuaciones vertidas en las cartas sobre traiciones, el camión que con su llegada motivaba las salidas del general a la selva. Sin duda, en otro tiempo, o por mejor decir, unos días atrás (pero eso ya era, en efecto, otro tiempo) yo hubiese colaborado sin dudar en ese tráfico, y por tanto en los crímenes del general Serna para eliminar a todos los que se opusiesen a su riqueza. Ahora, en cambio, tenía sobre mi alma las de los cuatro seres que habían muerto por combatir lo que el militar significaba, y tenía además, ante mí, a una mujer que representaba todo lo que no era dañino y sí hermoso. No sabía si sorprenderme más del inicio de mi amor por Andrea o de descubrir por primera vez el sentimiento irracional de lo que quizás significa el alma.

Salió ella primero del templo y yo un poco después para que no nos viesen juntos. Ya habíamos acordado muchos planes, y el más importante de todos era el de unirme a la nueva guerrilla que se estaba introduciendo en la selva. Pero antes habría de volver al acuartelamiento carcelario La Raza para intentar la liberación de los pocos guerrilleros presos (y por tanto vivos) que aún quedaban. Esa sería mi primera misión como subversivo. Después huiría con Andrea al secreto lugar del interior de la inmensa zona selvática, donde mi vida tomaría un nuevo y quizás definitivo rumbo. Pero antes de todo eso tenía, este mismo día, que entrevistarme con el cabecilla del nuevo grupo revolucionario. Así me lo había dicho ella: "Os veis, habláis en el parque, en un banco, sin llamar la atención. Que te conozca. Se llama Ciro y es tan joven como tú".

Antes de dirigirme a la entrevista en el mencionado parque, que Andrea se encargaría de preparar, pasé por la casa de los curas, para no motivar su preocupación. Ignoré sus miradas interrogadoras, obligados al mutismo, sobre la confesión de la mujer; y tras unas frases corteses y un breve diálogo sobre la dura vida de los curas en las zonas alejadas de las urbes importantes, me fui de una manera que pretendió no dar la impresión de urgente, pero sin conseguirlo, pues yo mismo noté mi apresuramiento torpe y mis palabras rápidas y atropelladas en una despedida sin sentido.

En el parque había mucho jolgorio. Barracas vendiendo chucherías, atracciones de feria con variados reclamos de fantasías y sorpresas para el viandante incauto, que piensa hallar la maravilla por un módico precio abonado en taquilla; niños corriendo en todas las direcciones y música sonando desde un quiosco grande y elevado, donde una orquesta de viento, cuerda y percusión interpretaba melodías ligeras y populares. Miré, mientras andaba rápido, buscando a Andrea, que supuse habría de venir acompañada del

joven Ciro, el cual tendría que dar el visto bueno a mi reclutamiento para su causa. Cuando ya pensaba que entre aquella alegre e inquieta multitud era imposible reconocer a nadie, noté que alguien tocaba mi hombro.

-Vamos hacia aquel banco -dijeron a mi lado, y supe al instante que era Ciro, el cual venía solo. Su rostro denotaba la juventud que lo igualaba a mí en edad, pero su expresión, quizás por la claridad de los ojos y el rictus amargo de su boca, era la de un soñador serio, de esos que creen y hacen creer aquello en lo que sueñan.

Una vez sentados, sin apenas mirarnos, mantuvimos un incómodo silencio hasta que él inició el diálogo con una pregunta sin aparente sentido:

-¿No siente miedo de la alegría de la muchedumbre?

-¿Miedo? ¿No sería más bien al contrario?

-La multitud alegre puede cometer el mayor acto de locura, incluso cruel, contra aquel que se interponga en su camino hacia la risa fatua.

-Entonces dejemos que se diviertan -concluí yo-. En cualquier caso, nunca dura mucho tal estado de jolgorio.

El sonrió levemente, asintiendo y encogiéndose de hombros, dejando implícito un reconocimiento a mi argumentación, pero también dando por sentado lo poco que, al fin y al cabo, le importaba. Después ya comenzó a preguntarme, de una manera tan formal que parecía un interrogatorio, sobre mis intenciones de deserción militar e integración en su grupo. Mis respuestas eran breves, sin argumentación alguna, pues no sabía como razonar el impulso del corazón. Por suerte él no esperaba más de mí, pues si me hubiese pedido mayores explicaciones sobre el acto que estaba a punto de realizar, no hubiese sabido hacerlo, ya que yo mismo no era capaz de comprenderlo más allá del deseo de libertad y de amor, del ansia por cambiar la vida medida y pequeña del miserable por otra de aventura y orgullo.

Finalmente, hizo la pregunta que yo tanto temía:

-¿En esta decisión suya, cuánto a influido Andrea, señor cura?

Quería ser sincero con Ciro, pero antes tendría yo mismo que tener las ideas claras, y no las tenía lo suficiente, por eso respondí con la vaguedad de las verdades a medias:

-Andrea en una parte de la belleza a la que aspiro.

-¡Qué frase tan grandilocuente y vacía! Puede significar muchas cosas y no quiere decir nada en concreto.

-Digamos -dije por zanjar el asunto-, que me atrae lo que ella significa.

Hubiese querido, a mi vez, preguntarle al joven qué significaba para él la mujer, que ahora, para mi desconsuelo, no había venido acompañándole, aunque la supuse cercana, pues ella habría de haberle indicado quién era yo; pero no me atreví a hablar de Andrea, quizás por no encontrar tan pronto un rival en mi nueva vida. Preferí imaginar que el muchacho tenía tan sólo interés en mis intenciones revolucionarias, los motivos y la fidelidad por su causa. Mientras meditaba sobre estás cosas, él siguió su interrogatorio por otro camino.

-Ya me habló Andrea de su intención de liberar a los presos de La Raza. ¿Cuándo y cómo piensa hacerlo?

-No creo que me resulte difícil llevarlo a cabo esta misma noche. Tengo gran libertad de movimientos en el cuartel.

Ciro continuó preguntándome algunas cosas más sobre mi vida pasada, hasta que por fin yo le interrumpí en medio de una de sus preguntas.

-Si lo que pretende -dije- es aclarar mi fidelidad a su grupo con este interrogatorio, creo que es inútil. Incluso la prueba de la liberación de los guerrilleros presos no es definitiva, pues podría pactarlo con el general para ser un infiltrado de confianza.

Él asintió sin mirarme, sonriendo levemente por primera vez, como si fuese precisamente eso lo que suponía desde un principio.

-¿Y cómo hacemos para aclarar sin lugar a dudas sus intenciones, señor cura? -peguntó, esta vez mirándome fijamente y sin sonreír, más al contrario, mostrando su boca el rictus más amargo. Sus ojos, en cambio, parecían desear encontrar en mí al compañero, quizás al amigo. ¡Qué extraño y complejo debe de ser este hombre!, pensé. O quizás todo eran imaginaciones mías, conjeturas basadas en gestos, en percepciones sin más fundamento que la intuición.

-Temo que no puede tener usted certeza alguna -contesté-. Unicamente si fracaso en la misión, me encarcelan o me matan, sólo entonces sabrá de mi sinceridad sin lugar a dudas.

Volvió a sonreír, esta vez con aparente simpatía. Puso una mano en mi brazo, al tiempo que decía:

-De momento, el aval de Andrea es suficiente. Ella no suele equivocarse con las personas.

Seguimos hablando un poco más sobre dónde reunirme con ellos cuando escapase de La Raza, a ser posible con los presos en fuga; y poco después nos despedimos con un apretón de manos fuerte y sincero.

Mientras caminaba al punto de encuentro con los militares para regresar al acuartelamiento, pensaba más en las preguntas que no había hecho a Andrea y a Ciro que en la arriesgada empresa que me esperaba esa misma noche. Me hubiese gustado preguntar por qué Andrea había dejado sus tierras, aunque imaginé que las había perdido todas; también hubiese querido averiguar si ella o Ciro habían intervenido en el secuestro del general de las montañas, motivo indirecto de todo esto que me ocurría, aunque para esto también tenía yo mismo respuesta, pues no creía que hubiesen sido

ellos, ya que era de suponer que su estancia en la selva vendría de varias semanas atrás. Esas y otras muchas preguntas quedarían pendientes para futuros encuentros, principalmente, pensaba y deseaba, con Andrea. Así, con esas ideas en la cabeza, llegué a la plaza donde los coches y camiones para el regreso al cuartel estaban aparcados. Como tan sólo estaban los soldados que hacían guardia, me introduje en el coche en el que había venido con el general a la espera de éste y de los demás. Cerré los ojos, di un largo suspiro mientras acomodaba el cuerpo lo mejor posible, y comencé a pensar en mi plan nocturno para liberar a los guerrilleros de La Raza.

Me despertó lo que en principio entendí como un golpe, pero que no fue más que un empujón en el hombro. Un soldado me sacudía con poca delicadeza para hacerme despertar.

-¡Que el general le llama! - oí que decía, casi al tiempo que tiraba de mí para hacerme salir del vehículo.

Por supuesto fui tras el soldado sin preguntar nada, y pronto llegamos a una casa cuyo interior estaba profusamente decorado con cortinajes de colores chillones y abundantes fotografías de mujeres desnudas. Indudablemente me habían introducido en un prostíbulo, y en él hallé al general Serna, algo achispando, pero no completamente borracho, como temía. Pronto se dirigió a mí:

-Cura, necesito de sus servicios -dijo con un tono sorprendentemente amable, e hizo que le siguiese a la barra del bar, donde en ese momento no había más que un camarero al que ordenó alejarse, cosa que el otro hizo casi a la carrera.

-Necesito -comenzó a explicarme- que vaya a consolar a una putilla espléndida, pero muy inocente e inexperta.

No me dio tiempo a exclamar extrañeza, pues él, adivinando mi desconcierto, interrumpió con un gesto mi exclamación de asombro antes de que surgiese de la garganta, y siguió explicándose.

-Seré sincero con usted. Me gusta la fulana esa, y no quiero que se escape por culpa del miedo, así que deseo que me la tranquilice, que le explique cosas de la resignación y la sumisión; en fin, esas cosas cristianas que usted sabe. Quiero que me la convenza de que su sufrimiento es necesario y que será recompensado… en esta vida, por supuesto.

-¿Miedo? ¿Por qué esa mujer habría de tener miedo? -pregunté, sin acertar a imaginarme qué era lo que estaba pasando en aquel lugar.

-Seré sincero, cura -volvió a repetir el general con una voz que a veces se le trababa a causa del alcohol ingerido-, yo no siempre puedo, y perdone la expresión, joder con estas putas; a veces me gustan más otras cosas, otras actividades. Entienda que no soy demasiado violento, sólo juego con ellas, y los golpes se les curan enseguida. Explíqueselo así a la putilla esa, que no se asuste, ni quiera huir, que no deseo obligarla ni mantenerla presa, que me gustan más cuando lo aceptan por las buenas. Explíquele lo de la resignación y el premio, ya sabe.

-¿Me está diciendo que quiere tenerla a su disposición para golpearla y que ella acepte de buen grado tal cosa?

A pesar de su estado, el general adivinó mi asco, y su actitud cambió de repente. Dejó la apariencia amable, casi de camaradería, que había mantenido hasta entonces, y con voz firme y autoritaria, dijo, clavándome unos ojos fieros:

-Quiero que cumpla su trabajo, señor cura. Ya tiene toda la información que necesita.

A continuación hizo un gesto con la mano, y una mujer gorda, vieja y muy pintarrajeada se acercó rauda. A ella le dio la orden de acompañarme a lo que él llamó "el saloncito donde esta esa", y yo, como un ridículo autómata obediente, fui detrás de

la mujer que no hacía más que repetir, hablando sola, "¡estas niñas tontas serán mi ruina!". Pronto llegamos al salón donde estaba, más derrumbada que sentada en un gran sillón, una joven acompañada por otra mujer algo mayor. La muchacha, de edad indefinible, al menos para mí, por ser inexperto en tales cuestiones y tener su tez embadurnada de cosméticos y algo de sangre, me miró con horror al principio, pero al ver mis ropas de cura pareció tranquilizarse. Me acerqué a ella, y su compañera nos dejó solos. Vi que tenía un corte en el labio inferior, lo que explicaba la sangre que ensuciaba el rostro y parte de la escasa ropa que la cubría, igualmente se le apreciaba un golpe cerca de un ojo y otro en la mejilla, y supuse que en el resto del cuerpo tendría más, pues solía frotarse con una mano el costado, cerca de un pecho apenas cubierto con un vestido desgarrado.

-¿Cómo te encuentras, hija? -pregunté, intentando dulcificar mi voz a pesar de la nausea que sentía, pero no a causa de ella, sino de mí mismo.

Ella sólo gemía de cuando en cuando, pero no hablaba. Yo bien sabía que no iba a poder trasmitirle mi verdaderos sentimientos, y mucho menos aconsejarla como debiera para que escapase de aquel lugar y del general, pues ella, sin duda, no tardaría en confesarlo todo a la dueña del lugar, sino al mismo militar, y yo quedaría en evidencia, y los planes para esa noche y mi huida resultarían probablemente infructuosos. Ya tenía experiencia en sumisiones y cobardías, así que una más, quizás la última, podría soportarla.

Tomé una mano de la mujer, la que no tenía sobre su costado, y en voz baja le dije palabras ambiguas y de sentido poco comprometedor para mí, aunque dudo mucho que fuesen las que ella necesitaba oír:

-Todo esto puede acabar pronto. Has de resistir. La vida es un péndulo que no se detiene permanentemente en un uno de sus extremos durante el balanceo. Quiero decir que lo

que hoy es dolor, mañana puede ser algo distinto. Has de soportar este momento, y con el amanecer quizás todo cambie.

Añadí algunas palabras más de consuelo, que realmente parecían destinadas a mí, y ella, más por el tono de mi voz que por el significado del discurso, pareció apaciguar su rostro. Entonces fue cuando pude apreciar la juventud de la pobre agredida. Sus ojos se alzaron hasta los míos, y pareció intentar una sonrisa de agradecimiento. Me sentí ruin, pero no hice más que acariciar su cabello mientras me incorporaba y emprendía el camino hacia el general, que aún estaba en la barra del bar.

-¿Todo resuelto, cura? -me espetó cuando llegué a su altura.

-Creo que sí, mi general.

Por si todavía no lo había descubierto, ahora quedaba clara mi posición y mi trabajo en el mundo infernal de aquel ser despótico, que había creado una realidad donde cada uno teníamos nuestra ración diaria de humillación, la cual él nos procuraba y que, sin duda, merecíamos.

CAPÍTULO VII

Durante el trayecto de vuelta a La Raza, el general, a pesar de estar medio borracho y algo somnoliento, no dejaba, tal como era su costumbre, de hablar. Yo apenas le prestaba atención, preocupado como estaba con mis planes para esa noche, hasta que me sorprendió con una confesión poco habitual en él.

-Creo -me dijo- que hoy ha descubierto una de mis debilidades. No soy perfecto, como ve. Yo, como todo animal, también necesito de pequeños desahogos. Preciso de la carne

femenina; y cuanto más viejo me hago y menor es la eficacia de mi miembro, más jóvenes me gustan y más violento soy. En fin, ya he aprendido a aceptarme así.

Me hubiese gustado añadir, como colofón a su introspección, que la carne a la que él se refería era la que pagaba con dolor esa *debilidad* suya. Pero callé, pues supuse que daba por supuesto que para nada más servía la mujer, y además, esa noche más que ninguna otra, necesitaba ser prudente y no crear ningún tipo de controversia con aquel monstruo. A pesar de esto, no pude contenerme cuando él dijo:

-Parece que me pasa como a uno de sus resucitados: el maestro Ovidio De Pedro. Él también tenía debilidad por las jovencitas, si mal no recuerdo.

-Él no golpeaba -salté de pronto-. Él amaba con respeto. Sublimaba ese amor en sueños y palabras.

Quedó momentáneamente sorprendido el general, y yo de inmediato me arrepentí de tan inútil defensa de un muerto. Pero pronto me apacigüé al ver que mi interlocutor sonreía y no montaba en cólera, lo que podría suponer mi arresto y la imposibilidad de llevar a cabo mis subversivas intenciones nocturnas. Después permanecimos en silencio un buen trecho. El general bostezaba de cuando en cuando y su mirada vidriosa parecía perderse por momentos en el sueño. Cuando más tranquilo parecía el viaje, y yo daba por plácidamente dormido a mi acompañante, este comenzó a hablar de pronto, como activado por un extraño impulso.

-Los muros de La Raza nos protegen de todas esas perversiones -comenzó diciendo-. El mundo allí es perfecto. Por supuesto existen pequeñas grietas ante las que hemos de estar prevenidos, pero el mecanismo es tal que La Raza se protege de los propios tumores que puedan generarse dentro de ella. Hemos tenido casos de traidores, claro, pero el daño que causaron fue mínimo y siempre acabamos por reparar la grieta. Y es que existen personas que son el perpetuo descontento; no aspiran más que a la huida

hacia delante y hacia peor. Esos seres se hacen daño a sí mismos y, lo que es más grave, a quienes les rodean y a la organización en la que están, que los ampara y alimenta, por decirlo de una forma biológica. A esos seres es mejor suprimirlos en cuanto se los detecta.

Un sudor frío me empapaba, pues parecía que la segunda intención del habitual monólogo del general estaba destinada a mí. Si de alguna forma, que no podía imaginar, aquel hombre había descubierto mis intenciones, entonces yo estaba perdido y no podía esperar ningún tipo de compasión. Una vez dentro del cuartel mi vida no valdría nada si era conceptuado como traidor. ¿Alguien me habría visto con Andrea o con Ciro? Comencé a pensar en algún tipo de disculpa que justificase esas entrevistas; y mientras mi cerebro intentaba elaborar atropelladamente una argumentación en tal sentido, se me ocurrió de pronto que lo mejor sería saltar del coche cuando aminorase su velocidad e internarme en la selva en una huida desesperada. Pero entonces, el general volvió a hablar.

-Debe disculparme, cura, pues divago debido al cansancio, y seguramente le obligo a pensar que algo malo hay en un lugar que para usted debe de ser grato y de expectativas inmejorables para su futuro, puedo asegurárselo.

Me tranquilicé, sumamente aliviado, sobretodo porque el general Serna cerró plácidamente los ojos y tocó mi brazo en un gesto entre paternal y de camaradería. Al fin y al cabo debía de estarme agradecido por la intervención con la pobre joven del prostíbulo y por el trabajo con las cartas de los difuntos. Si alguien hubiese informado a mi superior militar de las entrevistas subversivas que mantuve, ya estaría yo en un lugar mucho más incómodo que el coche en el que viajaba, pensé. Así apaciguado, mantuve la calma hasta que llegamos al final del trayecto.

Todo el convoy militar entró en La Raza por las grandes puertas de acceso de la fachada principal. Nada más detenernos en el patio central, salió a recibirnos el capitán Gómez, que abrió la puerta del general y le ayudó a salir del vehículo.

-¿Le ayudo, mi general? -preguntó, solícito.

-Acompáñeme hasta mi despacho, sí -contestó adormilado el aludido.

Ninguno de los dos se ocupó de mí, lo que me llenó de contento. Cuanto más desapercibido pasase, mejor sería para los planes que albergaba. Además, eso significaba que nada tenían contra mí.

Llegué a la habitación casi a la carrera, sin motivo alguno para la prisa, como no fuese por la propia ansiedad que me embargaba debido a las próximas horas, que serían quizás las más intensas de mi vida. Pero de momento habría de esperar a que todo el cuartel durmiera y quedase sólo la guardia nocturna, siempre más pendiente del exterior que de un supuesto enemigo dentro de los muros. Al menos esa era mi idea, pues quién podría desconfiar del cura, que a pesar de ser reciente su incorporación, tan buenas migas parecía hacer con el general. En eso confiaba, en que mi cargo y la conocida relación con el jefe supremo del lugar, provocase la confianza de los guardias y me permitiese el acceso al piso de los presos de la guerrilla. Cualquier disculpa serviría: un mandamiento urgente e imprevisto del general, por ejemplo. Primero iría a la celda del preso Ulpiano, que era al único que conocía, y él mi indicaría cuáles eran el resto, aunque supuse que estarían todos en celdas contiguas o cercanas a la suya en el segundo piso. La forma de sacarles de sus celdas era sencilla, o eso me parecía a mí, al menos. La anterior vez que había visitado al tal Ulpiano, aún siendo de día, sólo me acompañó el Sargento Porfirio, y conté dos guardias a la entrada de la segunda planta, custodiando la puerta de acceso a todas las celdas y las llaves de estas en una urna en la pared. Confiando en mis dotes de persuasión y en la seguridad que para los guardianes suponía

mi persona, no pensaba que me fuese difícil convencer al guardia nocturno de ir a buscar cualquier cosa a mi despacho. Temí pecar de optimista, pero en aquel momento, un plan tan sencillo me parecía perfectamente viable. Después, con los presos fuera de sus celdas, quizás fuese necesario emplear la violencia con algún que otro guardia hasta alcanzar el vestuario donde disfrazarnos todos de militares para llegar a las puertas de salida, pero eso ya lo dejaría en manos de los guerrilleros. Yo tan sólo les indicaría el camino. Poco más tarde, en el exterior, y esperando por nosotros todo lo que fuera necesario, estarían Ciro y Andrea y algunos más de los suyos para llevarnos a lugar seguro.

Dentro de la habitación no hacía más que pasear y después sentarme para volver a incorporar de inmediato mi nervioso cuerpo y continuar con el ir y venir agitado entre las paredes, las cuales esperaba no volver a ver nunca más, mientras repasaba una y otra vez un plan tan sencillo que habría de ser eficaz. Las horas pasaron tan lentas que creí enloquecer debido al ansia que me oprimía el pecho hasta dificultar la respiración. Mi mente era un revoltijo de pensamientos, donde se mezclaba mi absurdo pasado de arribista sumiso, con los sueños de héroe libertador, amado por Andrea y admirado, si ello fuera posible, por aquellos cuatro que pudrían sus carnes en sepulturas bien cercanas, las cuales, por cierto, y ahora se me ocurría, no había ido a visitar ni tan siquiera para brindar un pequeño rezo tan propio de mi profesión. También entonces mi alocada mente, y por asociación de ideas, dedicó parte de su atropellado devenir a pensar en Dios, en ese Dios al que invocaban la madre de Carlos Díaz o la hija de José Pérez, el Dios en el que sin duda también creía Andrea y al que yo siempre había ignorado, sin tan siquiera plantearme seriamente su existencia. El concepto de Dios siempre lo había asumido como algo inherente a mi cargo, como una obligación más a parte de celebrar misas reiterativas y memorizar rezos vacuos. Ahora seguía sin saber

qué significaba para mí, y era una desconcertante novedad el hecho de que pensase en Él.

Cuando miré el reloj por enésima vez, decidí que era el momento adecuado. El toque de queda hacía tres horas, a las once, que había sonado, y ya los guardias nocturnos estarían con más ganas de continuar su amodorramiento que de interesarse por mí caminar a través de los pasillos. Salí entonces de la habitación, tras vestirme con ropa de paisano, y comencé el viaje por la soledad nocturna del interior de La Raza, esperando, en cualquier momento, el encuentro con algún soldado. Procuraba no apresurarme, que mi paseo pareciese tranquilo, aunque interiormente tiritaba por la ansiedad y, por qué no reconocerlo, por el miedo, que ahora, una vez iniciado el plan de fuga, iba en aumento. Así llegue a la escalera de ascenso a la primera planta, donde el primer guardia me dio el alto.

-¡Identifíquese! -me dijo con más sobresalto por su parte que por la mía, que ya lo esperaba. Pero no tuve tiempo de explicarme, pues él me reconoció y volvió a tomar una actitud relajada. Me saludó militarmente y no hizo más comentario que decir algo sobre el insomnio que se quita andando. Así continué hasta llegar a la planta de los presos comunes, donde nuevos pasillos iluminados como los otros por la luz blanca e intensa del neón, daban a la soledad de mi tránsito una dimensión irreal, pues, si mi ánimo era el de esconderme, con aquella intensa claridad más parecía el blanco perfecto de miradas ocultas e inventadas por mí. Los ecos de mis pisadas, que yo intentaba inconscientemente amortiguar, producían leves ecos de los que yo mismo me asustaba. Llegué, por fin, al inicio de la escalera de la segunda planta, donde no había ningún guardia, pero sí al final de la misma, justo ya en la entrada previa a las celdas de los presos de la guerrilla, donde un soldado, apostado ante la puerta que daba acceso a esas

celdas de los que habría de liberar, sentado y leyendo una revista, levantó su rostro sorprendido en cuanto me vio aparecer.

-¡Señor cura!... ¡Mi alférez!... ¿Qué le trae por aquí a estas horas?

-Una orden del general Serna. Abra la puerta, he de hablar con uno de los presos -dije, intentando que mi voz sonase convincente y segura, imitando el tono autoritario del general.

Para mi sorpresa el soldado no pidió más explicaciones y se incorporó para recoger, de una hornacina, la llave. Vi que al lado de la que tomaba había otras numeradas, por lo que supuse que serían las de las celdas que yo habría de usar más tarde.

-¡Un momento! -exclamé-. Deme la llave. Yo mismo abriré. Usted vaya a mi despacho y recoja una carpeta azul que olvidé. La encontrará encima de la única mesa que verá.

De pronto me encontraba eufórico. Sentía que todo lo que deseaba se iba cumplir. El miedo había desaparecido por completo, y una especie de borrachera sin sentido me hacía sentir seguro de mí mismo, más allá de toda razón. En efecto, el soldado me tendió la llave sin dudarlo y comenzó a alejarse por el corto pasillo hasta las escaleras que iniciaban el descenso. Dejé de mirarlo y fui raudo hacia la puerta para introducir la llave que abriría mi vida a nuevos horizontes. No había girado más de una vez el llavín, cuando escuché un leve sonido a mis espaldas. Era una respiración, ni tan siquiera un carraspeo y menos, una palabra. Era el sonido de un respirar profundo, largo, sonoro, como es habitual en las personas gruesas. Ni por un momento dudé de a quién correspondía.

-Señor cura, señor cura… -sonó la voz del general tras de mí, y al girarme allí estaba él, a tres metros escasos, y un poco más allá, el capitán Gómez junto al soldado que antes me había dado la llave, la cual quedó en la cerradura como símbolo de un sueño roto.

-Soldado -dijo el general, dirigiéndose al guardia de la puerta, y su voz era lenta e inusualmente baja- termine de abrir la puerta de las celdas, y busquemos una libre para nuestro alférez.

Yo permanecía mudo. Mi cerebro era incapaz de elaborar ningún tipo de racionamiento, a no ser el de aceptar la derrota total ante aquel hombre de poder inmenso. El propio general me acompañó a uno de los calabozos y entró conmigo, mientras el capitán Gómez y el soldado esperaban fuera, en el pasillo.

-Siéntese en el catre -me ordenó, y así lo hice, mientras él tomaba asiento en un taburete cercano. Inmediatamente volvió a tomar la palabra-. Debió de recordar que yo no duermo casi nunca. También debería de haber supuesto que a los novatos en La Raza se les hace un seguimiento especial. El capitán Gómez y sus encargados se ocupan de ello. Por eso me informó esta misma noche de su entrevista, de la que tenemos información gráfica, con el joven Ciro de las montañas: así le llamamos aquí. Lamentablemente, quien les vio y tomó las fotografías no reconoció al terrorista y no dio orden de apresarlos en aquel momento. Una oportunidad perdida, que esperamos rectificar pronto. También he visto fotos suyas entrando en la iglesia con una beata, y aun no sabemos cómo interpretar eso. En fin, querido alférez, no deseo que me explique más de lo que sé, de lo que yo mismo he visto. Tampoco espero que se denigre negando la evidencia, ni quiero que me explique los motivos de su deserción. Creo comprenderlos mejor que usted, probablemente.

-Entonces déjeme -musité, apenas sin fuerzas, hundiendo el rostro en las manos, pues un enorme cansancio me embargó de pronto, y lo único que deseaba era dejar de oír aquella voz interminable, tumbarme a dormir, cerrar los ojos a la pesadilla que se abría para mí en aquel instante.

-No, no quiero dejarle, señor cura. Seguiremos hablando un poco más. Quizás sienta curiosidad por entender esto que ha intentado hacer y comprenderse a sí mismo de paso. A otros les ha sucedido. Yo se lo explicaré.

No podía evitar la presencia del general ni el sonido de su voz, y eso hacía que mi dolor fuese en aumento. A pesar de ello no era capaz de dejar de sentir interés por sus palabras, así que levanté el rostro y presté atención a lo que decía.

-Eso me gusta -comentó él-, que demuestre atención. Le decía que comprendo su actitud. A otros también les ha ocurrido, y su suerte no ha sido mejor que la suya. Verá, algunos, al llegar a la selva enloquecen. Es así de sencillo. Este lugar tan poco habitual para ustedes les trastorna, les hace ver fantasmas, irrealidades, soñar demonios y ver en estos muros de La Raza una tumba en lugar de un hogar. Entonces piensan que la selva es la libertad, que los guerrilleros son los ángeles salvadores y que la aventura de una nueva vida ahí fuera justifica cualquier riesgo por salir de los muros entre los que se sienten atrapados. ¿No es ese, más o menos, su caso?

Guardé silencio. No sabía si ese era exactamente mi retrato. En cualquier caso, si lo era, no estaba completo. Faltaban los cuatro resucitados y faltaba Andrea.

-Quiero que sepa, señor cura -siguió el general Serna- que ahí fuera, en la selva, no existe algo muy distinto a lo de aquí dentro. Ese sueño o esa libertad o lo que sea que los que son como usted buscan en el exterior de estos muros, no es distinto a lo de aquí dentro. Entre la guerrilla encontrará reglamentos a seguir, órdenes que cumplir, y al final tendrá una pistola en la mano para matar o morir. Imagino que en su caso el engaño vino propiciado por los cuatro locos a los que revivió en su calenturienta mente. Quizás debido a eso me siento algo culpable. También sé que nada de lo que le diga sirve para devolverle al redil.

De pronto, el general se puso en pie, mientras repetía la última frase, como si hablara consigo mismo en vez de conmigo. Después guardó unos segundos de silencio. Por fin, continuó dirigiéndose a mí, pero ahora de forma enérgica, casi furiosa.

-Quiero que se convenza por sí mismo. Quiero que aprenda que fuera de aquí no hay nada que merezca la pena.

Y tras decir esto se giró y salió rápidamente de la celda. Al pasar junto al capitán Gómez le dijo algo en voz baja que no pude oír, y después, antes de llegar a la puerta de salida de la segunda planta, gritó:

-¡Que lo saquen, no lo quiero en mi casa!

Tras la desaparición del general hubo unos instantes de silencio donde nadie se movió. El primero en hacerlo, por fin, fue el capitán Gómez, quien, dirigiéndose a mí, dijo:

-Vámonos, que se larga con lo puesto. Ha tenido mucha suerte; demasiada en mi opinión.

Como un autómata me deje conducir fuera de la celda y después por los pasillos, acompañado tan sólo por el capitán y por el soldado, guardián de las celdas. Así llegamos hasta la puerta principal del cuartel, y tras abrirla para que yo saliese, la cerraron a mis espaldas sin ninguna explicación más que la dada como orden por el amo y señor de aquel lugar.

La noche selvática se abría ante mí como un camino de esperanza. Yo vivía aquellos momentos como un sueño. No podía alcanzar a comprender lo que estaba sucediendo, pero sin duda era mejor que cualquiera de las pesadillas que hasta hacía unos minutos había temido. Me encontraba libre, fuera del acuartelamiento carcelario, en plena noche, a un paso del punto de encuentro con Andrea y Ciro, y aunque no me acompañaban los guerrilleros presos, todo lo demás, al fin y al cabo, era tal y como

había deseado esa misma tarde. Por supuesto, nada había salido según mis planes, pero tras el vértigo de los últimos minutos estaba en la mejor de las situaciones posibles. Todo había sucedido con tal rapidez que no atinaba a coordinar con razón mis pensamientos, pues ni tan siquiera en horas, sino en minutos, podía contabilizar la vorágine de acontecimientos que dieron conmigo primero en la cárcel y después a unos metros de distancia de mi sueño de libertad.

Di los primeros pasos hacia el camino que me alejaba de los muros de La Raza y que me adentraba en la selva. La noche, en el principio de la carretera, era mitigada por las propias luces del acuartelamiento durante bastantes metros, y después, en el inicio de la obscuridad, ya donde todo era selva, la soledad sería rota, eso era lo previsto, por las linternas de quienes me esperaban. Pero a los pocos pasos dados me detuve. Aún estaba al lado de la puerta por la que había salido, y retrocedí esos pocos metros cuando, como un rayo, una terrible idea hizo prender en mi el terror. A pesar de mi ofuscación había logrado entender, como iluminado, lo que me estaba sucediendo. Se me ocurrió que no era posible tanta facilidad por parte del general para dejarme ir. Si yo me iba de la cárcel sería, en buena lógica, para encontrar a quienes esperaban la fuga de los presos. Esto era lo evidente, lo que esperaba el general Serna para volver a atraparme a mí, a Andrea, a Ciro y a cuantos estuviesen con ellos apostados en la cercana selva. ¡Que evidente se mostraba ahora todo el plan del general! Y yo, tan incauto como asustado, había estado a punto de dejarme engañar por las palabras del militar, que me ponía en libertad tan sólo, según él, para que aprendiese por mí mismo la vida en el exterior. Eso había dicho. Pero no era posible que quien hace de la disciplina, la obediencia y el castigo una forma de vida, concediese el don del libre albedrío a nadie, y menos a un enemigo.

Permanecí un tiempo que me pareció infinito allí pegado a la puerta de La Raza. Me sentía perdido, asustado e indefenso. Cualquier camino que emprendiese era malo.

Quise, quizás por primera vez en mi vida, hablar con el Dios al que supuestamente servia, pero el enorme vacío que hallé no hizo sino aumentar mi desorientación. No sabía hablar con quien nunca había buscado. Entonces caí de rodillas en el suelo de la carretera, pero no para orar (que no sabía), sino simplemente derrotado.

Una voz que provenía de una pequeña ventana en la puerta que estaba a mis espaldas, y por la que seguramente habría sido observado desde un principio, gritó:

-¡Metan otra vez dentro a ese pendejo!

Me pareció reconocer el sonido autoritario y rabioso del general Serna, pero ya ni él, ni nadie del interior de la cárcel, me importaban.

EPÍLOGO

Veo el mar desde mi ventana, y eso me aporta una paz extraña y desconocida hasta ahora. Parece que, tras las semanas que llevó aquí, he abandonado las ansias que antes me habían atormentado. Todo lo veo con una tranquilidad que a mí mismo me sorprende.

He meditado mucho sobre los acontecimientos de mi vida pasada reciente y también de la anterior. Y de ambas he aprendido. No es que haya llegado a ninguna conclusión; realmente dudo de todo, pero al menos, como ya dije, ahora sé tomar con tranquilidad todas las cosas, y eso es lo que me procura un gran sosiego.

He de agradecer a Su Ilustrísima, el obispo de mi diócesis, su intercesión para ser trasladado a este perdido monasterio tras mi apresamiento. También he de reconocer que el general Serna no puso tanto empeño como yo temía en mi enjuiciamiento militar.

Al final todo quedó en la expulsión del ejército y mi entrega al obispo para que él me impusiera la disciplina adecuada. Su castigo fue recluirme en este monasterio de la isla de Iri para meditar sobre mis pecados. Así me lo dijo y así lo trasmitió a estos monjes adustos y tristes que me rodean, los cuales me tratan como si de un endemoniado al que salvar se tratase.

La isla de Iri es como una prisión, pues de su contorno no es posible salir más que en un transbordador semanal, previa autorización, por supuesto. Pero al menos puedo pasear por sus playas y acantilados, puedo llevar una vida reposada y apacible en medio del silencio de sus muros. Y sobre todo puedo ver el mar, en el que pierdo la vista horas y horas, como un bálsamo, como el tratamiento más eficaz contra la angustia de la duda.

Hace dos días el prior me ha comunicado que el señor obispo tiene en su poder algunas cartas dirigidas a mí. Al parecer son de una *prima* lejana llamada Andrea. Tras ser cuidadosamente revisadas para que su contenido no hiera mi alicaído espíritu, así lo dijo el obispo y así me lo trasmite el prior, me serán entregadas con la llegada de un próximo barco; bien entendido que, si fuese necesario, serán suprimidas partes de las mismas, así me lo trasmite también el prior por orden de nuestro obispo. Y lo cierto es que no me importa que tachen párrafos enteros. Puedo saber lo que Andrea me dice, puedo adivinar sus palabras, su pensamiento tras lo escrito, sus mensajes entre líneas, lo que dice y lo que dice sin decir. Todo lo que borren lo podré saber. Yo mismo podría escribirme sus cartas, aunque por supuesto prefiero mil veces que sea ella quien lo haga. Me gusta imaginarla pensando en mí al redactarlas, como pensaría en Zenón cuando las escribía para él. Pero lo que más me sorprende es que no siento una gran ansiedad por

que lleguen a mí esos textos de Andrea. Sí me alegrará recibir las cartas, pero no me excita especialmente leerlas. Quizás porque ya las sé o las supongo, como dije, o porque, como también expliqué, ahora tomo la vida con un reposo que antes me era desconocido. Esa paz viene, estoy seguro, de una fuerza nueva que noto surgir en mi interior y para la que aún no tengo un nombre claro.

Quizás, tras todos los acontecimientos narrados, la consecuencia más importante es que precisamente he descubierto esa fuerza que mueve las cosas humanas, aquello que pudiéramos llamar fe, pero no en Dios, sino en los hombres y en mí mismo. Aunque ahora recuerdo las palabras de este viejo prior que me acompaña a diario, el cual suele decir que primero comenzamos por creer en nuestros semejantes y en nosotros mismos, después es cuando iniciamos el camino para conocer a Dios. No estoy seguro de que sea así, pero bien es verdad que, en estos momentos, no sé de cierto casi nada.

FIN